

Desde La VENTANA



Miradas de una pandemia



Desde la ventana: miradas de una pandemia.

Corporación Educativa Minuto de Dios.

Dirección Nacional de Educación.



Junta Directiva

Padre Diego Jaramillo Cuartas, CJM.

Padre Camilo Bernal Hadad, CJM.

Padre Harold Castilla de Voz, CJM.

Dr. John Jairo Aristizábal Ramírez.

Dra. Pilar Santamaría de Reyes.

Directivos

Director ejecutivo:

Salvador de Jesús Cabrera Cabello.

Dirección Nacional de Educación:

Ph.D. Javier Manjarrés Pabón.

Autores

Dilan Nicolás Restrepo Zuñiga.
Shadday Daniela Sandoval Lora.
Zara Valentina Hernández Martínez.
Sahireth Valentina Sáenz Ballesteros.
Anny Julieth Gelvez Morales.
Esther Sofía Soler Gómez.
José Jacobo Sandoval Pérez.
Shaira Andrea Rodríguez Pérez.
Sergio Esteban López Murcia.
María Angélica Afanador Duran
Karolay Álvarez Maza.
Katherine Sofía Castro Camacho.
Luisana Carolina Nieves González.
Angel Santiago Guerra Beleño.
Mariana Muñoz Gamba.
Mateo Zamora Napuri.
Michell Andrea Rodríguez Herrera.
Domenica Anai Cuvi Guerra
Sara Isabel Meza Guzmán.
Dylan Alejandro Garzón Zapata.
Sandra Marcela Meza Montalvo.
Lina María Castañeda Cisneros.
Jimmy Fabián Pinto García.
Jesús Arcenio Vargas Quintero.
Janellys Paola Márquez Socarras.
Danna Valeria Rincón Rodríguez.

Jorge Andrés Pérez Vargas.
Darenn Campos Hidalgo.
Laura Sofía Villanueva Camaño.
Miguel Ángel Tovar León.
Karen Sofía Perilla Forero.
Valeria Orozco Castillo.
David Santiago Ávila Díaz.
Mabel Sofía Niño Cárdenas.
Nahia Sofía Álvarez Jaramillo.
Rubiel Rincón Hernández.
Yuli Valentina Ramírez Alarcón.
María Fernanda Aguirre Giraldo.
Juan Esteban Mariño Velásquez.
María Alejandra Díaz Garay.
Bryan Santiago Cruz Montoya.
Luis Eduardo Arroyo González.
Olga Andrea Sánchez Jiménez.
Libardo Rodríguez Rojas.
Leyla Patricia Perilla Forero.
Johanna Patricia Gómez Baquero.
Guillermo José Molina de la Hoz.
Belkys Zulay Acuña Jaimes.
Humberto Chacón Acevedo.
Eris Vivivana Tolosa Osorio.
Julliete García Ortiz.

Editor:

Lida Yolima Ardila Cruz.

espanolnacional@colegiosminutodedios.edu.co

Convocatoria y apoyo técnico:

Equipo de líderes pedagógicos de los Colegios Minuto de Dios.

Programa de Enriquecimiento Pedagógico.

Comunicaciones y estrategia digital:

María del Pilar Arango Gutiérrez.

Angie Catalina Porras Alfonso.

Óscar Alejandro Álvarez Raigoza.

comunicaciones@colegiosminutodedios.edu.co

Corrección de estilo: Héctor Orlando Sabogal Gutiérrez.

Ilustración: Jorge Andrés Murillo Garzón.

Producción General:

Editorial Minuto de Dios

Diseño y diagramación: Nathalia López Ramírez.

Impresión: septiembre de 2021

Impreso en Bogotá, Colombia.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso de la Corporación Educativa Minuto de Dios.

Contenido

Prólogo	9
---------------	---

Cuento

El Principito

El fantasma rojo.....	16
Los ratones y el coronavirus	18
El reino caído del coronavirus	20
Lili y la COVID-19.....	22

Platero y yo

Operación burbuja.....	26
La princesa valiente y el monstruo feroz.....	29
Un milagro en la pandemia.....	32
El hechicero	35

Tom Sawyer

El pequeño monstruo que paralizó al mundo ...	40
María y el coronavirus	45
¿Sabes quién soy?.....	48
El virus aún desconocido	52

Harry Potter

Nada es imposible	58
Una amistad sin barreras.....	63

Jessica	70
Fuegos artificiales	75
Frankenstein	
El alquiler de sueños.....	80
El misterio de Pénjamo.....	87
Sueños sempiternos	92
Los beneficios de un hecho desafortunado.....	100
Don Quijote	
La ciudad de Mavinella	106
El virus: una lección inesperada de vida	111
Polifonías de la pandemia.....	117
Chite chanda: un amigo incondicional.....	123
La amenaza espacial: la lucha contra la tripulación corona.....	129
Poesía	
El Principito	
Amigos distanciados	138
Corre que corre.....	139
Cuidémonos para volvernos a ver	140
El virus saltarán.....	141

Platero y yo

La nueva vida	144
Oda a la COVID-19	145
¡Oh, pequeño virus!.....	147
La vida con la pandemia	149

Tom Sawyer

Rayo de luz.....	152
Un virus llegó	154
De la nada... ..	156

Harry Potter

No quiero verte más	160
En los tiempos del COVID-19	162

Frankenstein

Corona time	166
La voz de la tierra	168
Todo llega y todo pasa.....	170

Don Quijote

El despertar de una era	174
¿Y si solo nos pausamos un rato?.....	176
Quietud de un mundo	178

Penitente	180
Despojos de una pandemia	182

Opinión

Don Quijote

¿Derecho o privilegio?	188
Violencia en onfinamiento: ¿conviviendo con el enemigo?	192
El coronavirus no es tan despiadado	197
La ceguera del COVID 19	202
Sobre el aprendizaje después de la pandemia ..	208

Prólogo

“Escribir es la manera más profunda de leer la vida”

Francisco Umbral

Sin duda alguna, esta frase resume la intención de los autores al crear y producir sus textos, ya que mediante este ejercicio han podido expresar sus pensamientos y sentimientos sobre lo que ha significado para ellos la pandemia en sus entornos afectivos, familiar y social; una época que ha generado crisis, desolación, tristeza, pérdida, muerte, soledad, temor y ansiedad. La misma que nos ha conducido, a su vez, a una reinterpretación de la realidad, en la que el afán, la rutina diaria y los intereses individuales se han venido transformando para trabajar en función

del bienestar común con una perspectiva de valor hacia el otro y hacia la existencia humana.

En este sentido, la escritura se convierte en el medio predilecto para expresar a partir de diferentes géneros discursivos, las nuevas posibilidades, las anécdotas, los retos y las sensaciones desbordantes que nos traen los tiempos de hoy. El ejercicio del escritor le permite hallar otra manera de relacionarse con el mundo y consigo mismo para plasmar el cambio que vino a cargar de nuevos significados nuestra manera de vivir. De igual manera, la escritura se proyecta como una oportunidad para generar -en los *Colegios Minuto de Dios*- estrategias que conlleven al fortalecimiento de las habilidades comunicativas (leer, escribir, hablar y escuchar), logrando un uso adecuado de la lengua en determinadas situaciones y contextos desde los aspectos social, cultural, afectivo y cognitivo.

Dado lo anterior, la *Corporación Educativa Minuto de Dios* en el marco del *Programa de Enriquecimiento Pedagógico* ha convocado a sus escritores (estudiantes, docentes, directivos y administrativos) a que visibilicen las buenas prácticas de escritura que se desarrollan al interior de los colegios; el resultado de este arduo proceso creativo ve hoy su luz mediante el presente libro. Este producto literario contiene una selección de los mejores cuentos, poesías y artículos de opinión

que giran en torno al tema “experiencias, vivencias y aprendizajes como consecuencia de la COVID-19”.

Por último, los invito a disfrutar y adentrarse en el mundo de cada autor para reflexionar y entender las connotaciones y experiencias que se han generado sobre la COVID-19 en los diferentes contextos y regiones de Colombia. Que, a pesar del encuentro con situaciones adversas, se mantengan intactas la fe y la esperanza como motores de transformación y proyección de vida, como lo decía el Padre Rafael García Herreros: “No pasemos un día sin amar, sin servir, sin construir, sin estimular, sin sonreír, sin dar: no vivamos un solo día indiferentes al hombre”.

Lida Yolima Ardila Cruz

*Profesional de Apoyo Pedagógico
Corporación Educativa Minuto de Dios*

CUENTO





El Principito



GRADO
1° 2° 3°



El fantasma rojo



Zara Valentina Hernández Martínez

(Liceo Mayor de Soacha)

Érase una vez, un fantasma rojo que vivía apartado en una enorme cabaña verde en la ladera de una montaña, cerca de una aldea. Era gigantesco e infundía miedo a todo el mundo, nadie quería tener trato con él. La gente lo veía como un ser maligno y una amenaza constante para todos los niños y los ancianos. ¡Qué equivocados estaban!

El fantasma deseaba tener amigos, pero no encontraba la manera de llegar a ellos, ya que cuando salía, su aspecto era de amenaza y contagio, haciendo que todas las personas de la aldea se refugiaran en sus

casas. Esto llevaba al pobre a entristecerse y vivir en soledad.

Tiempo después el fantasma creó un hermoso jardín para compartir con los animalitos, estos no lo rechazaban por su aspecto. Un día un hermoso niño ingresó al jardín y se subió a un árbol, al intentar bajarse no pudo y empezó a llorar muy fuerte, lo que llamó la atención de la aldea y del fantasma, quien cogió un pañuelo y cubrió la boca y nariz del niño con el fin de ayudarlo a bajar y así no lastimarlo.

Desde ese día el fantasma fue reconocido como un héroe ante la aldea. Las personas y los niños empezaron a usar tapabocas para poder compartir, jugar y hacer muy feliz al FANTASMA ROJO de la cabaña verde.



Los ratones y el coronavirus



Shadday Daniela Sandoval Lora

(Liceo Mayor de Soledad)

Hace mucho tiempo un ratón y sus hermanos ratones vivían en una cueva. Un día uno de los ratones llegó a la cueva muy asustado porque escuchó que un virus llamado Coronavirus estaba invadiendo la ciudad y los estaba enfermando. Se decía que era por culpa de ellos, todos muy sorprendidos salieron rumbo a la ciudad para averiguar qué era lo que estaba pasando.

Al llegar a la ciudad, vieron que todo estaba solitario, no había humanos en las calles; entonces se preguntaron:

—¿Dónde están todos?

Se encontraron con un perro que estaba abandonado y le preguntaron que dónde estaban las personas y este les contestó que estaban en sus casas porque un virus estaba invadiendo el cuerpo de las personas y que, al parecer, ellos eran los culpables.

–Nosotros... ¿acaso somos unos ratones malos?, ¿por qué nos están culpando de lo que está pasando? –Los ratones, entonces dijeron que tenían que buscar una solución.

–Tengo una idea para que no nos sigan culpando a nosotros, –dijo uno de ellos– vamos a ir de casa en casa a decirles cómo deben prevenirlo; que deben cubrirse la boca y la nariz, que deben lavarse las manos y sobre todo usar mucho alcohol para desinfectar las áreas.

Después todos los ratones les aclararon a las personas que ellos no eran los responsables de este virus y, que, con mucho cuidado, pronto volverían a estar en las calles, parques y demás lugares para seguir compartiendo en familia. Y así se marcharon nuevamente felices a sus cuevas.



El reino caído del coronavirus



Dilan Nicolás Restrepo Zuñiga

(Liceo San Andrés de Tumaco)

Una vez, en un reino muy lejano, vivía un malvado rey llamado Coronavirus. Este era un virus muy perverso y junto con sus soldados infecciosos andaba de reino en reino contagiando a las personas. Él no quería que la gente estuviera llena de salud ni que fueran felices y quería enfermar al mundo entero.

Su forma de contagio consistía en enviar a sus diminutos soldados virales, que se transportaban a través de las superficies de plástico, de madera y de metal, para que se metieran por nariz, boca y ojos. A estos virus muy pequeños, les gustaba viajar de vecino en vecino; le gustaba brincar y enfermar.

Pero en uno de los reinos vecinos, había un grupo de niños que estaba preocupado mirando cómo este virus malvado y sus soldados enfermaban a todo el mundo. Estos niños habían conseguido carpas, linternas, comida, cobijas y agua para iniciar su expedición. Hablaron con sus padres para que les dieran permiso de ir de reino en reino a combatir al malvado virus, pero sus padres les dijeron que no se preocuparan y, además, les explicaron que tenían varias armas para frenar el ataque del virus.

Los habitantes del reino empezaron a usar gel, alcohol y jabón para una adecuada desinfección. Si tosían o estornudaban, tapaban su boca y nariz con pañuelos desechables o con la cara interna del codo, y se colocaban mascarillas. Empezaron a quedarse en casa porque era allí donde más seguros iban a estar; los niños hacían sus tareas de la escuela y disfrutaban más el tiempo con su familia. El lavado de manos con frecuencia empezó a implementarse y, de esta manera, al virus malvado y a sus soldados empezaron a eliminar. El reino del Coronavirus fue destruido y poco a poco sus actividades diarias empezaron a reanudarse.



Lili y la COVID-19



Sahireth Valentina Sáenz Ballesteros

(I.E. Técnico Rafael García Herreros)

Lili era una niña que vivía con sus padres en un pueblito muy bonito llamado Charta; ella era muy cariñosa con ellos y le gustaba mucho su pueblo porque había flores hermosas de muchos colores y gran cantidad de animalitos.

Lili tenía una gata de mascota llamada Luna; era muy juguetona y para todo lado se la llevaba. Un día que salió al parque con Luna en sus brazos, Lili se asustó porque había unos perros ladrando, Luna saltó y pasó la carretera, pero venía un camión y la atropelló, quedando malherida.

Pero como en el pueblito no había hospital para animales, Lili y su papá tuvieron que viajar a la ciudad para llevar a Luna a alguno que la pudieran sanar; su mamá se quedó cuidando la casa. Ellos no sabían que en la ciudad había un virus llamado COVID-19 que estaba matando a las personas, por lo que tenían que utilizar tapabocas para evitar el contagio. Ellos estuvieron muchos días en la ciudad, esperando hasta que Luna se recuperara.

Cuando regresaron al pueblo, ya con Luna en mejor estado, Lili y su papá se empezaron a sentir mal; ellos no sabían que estaban contagiados de COVID-19. De inmediato, se fueron para el médico, allí les hicieron exámenes y el doctor les dijo que estaban contagiados y que debían aislarse. La mamá de Lili les mandaba la comida con todos los cuidados; la familia estuvo todo el tiempo con tapabocas para protegerse.

Pasaron unos meses, Lili y su papá sanaron, la mamá estaba muy feliz porque su esposo e hija se habían recuperado. Lili también estaba muy feliz porque ya podía volver a salir a jugar y pasear con su gatita Luna. Aprendió que siempre debía llevar puesto su tapabocas.



Platero y yo



GRADO
4º, 5º

Operación burbuja



Anny Julieth Gélvez Morales

(I.E. Técnico Rafael García Herreros)

Érase una vez dos niñas llamadas Belén y Kiara. Vivían en una familia muy alegre a pesar de la situación que estaban viviendo, pues un día el rey Coronavirus decidió atacar a todos los habitantes del pueblo de San Ricardo. Ahora nadie podía salir de su casa porque cundía el miedo. Belén y su hermana Kiara necesitaban ayudar a su familia ya que tenían escasez de alimentos; por eso, una mañana decidieron salir de casa a conseguir comida, sin ningún cuidado ante la situación con el rey Coronavirus. Inmediatamente se llevaron una gran sorpresa, pues comenzó a llover y el

señor Resfriado junto con la señora Gripe, empezaron a atacarlas, por lo que tuvieron que correr hacia su casa, pero ellas no se querían dejar vencer.

–¡Debemos crear algo en el laboratorio! –exclamó Kiara.

–¡Por supuesto que sí! –exclamó Belén.

Enseguida fueron a su pequeño laboratorio ubicado en su casa. Allí empezaron a crear una gran burbuja protectora, donde ellas ingresaban para protegerse contra el rey Coronavirus. Al día siguiente decidieron utilizar la burbuja, para ir a vencer al señor Resfriado, a la señora Gripe y al rey Coronavirus. Una vez salieron de casa se encontraron con dos de ellos que eran el Resfriado y la Gripe, los cuales buscaban atacarlas, pero no pudieron. Incluso, y a pesar de que ellas llevaban sus elementos de bioseguridad, las enfermedades primas del rey Coronavirus no lograron su objetivo.

La burbuja era tan resistente y las protegía tanto que nadie podía atacarlas, ni siquiera el mismísimo rey Coronavirus, ya que tampoco logró vencerlas. Este rey se rindió ante esta situación y ahora todas las personas estaban protegidas con la burbuja creada por Kiara y Belén. Finalmente, las personas del pueblo de San Ricardo pudieron salir y recuperar su vida cotidiana,

como ir al mercado, a la iglesia, al trabajo, entre otras situaciones, y el rey Coronavirus nunca pudo intervenir ni vencerlos. Y así toda la comunidad de dicho pueblo hermoso vivió muy feliz.



La princesa valiente y el monstruo feroz



Esther Sofía Soler Gómez

(Colegio El Minuto de Dios Siglo XXI)

Hace mucho tiempo había una princesita llamada Esther, ella tenía cabello castaño y ojos azules como el mar. La princesa Esther era feliz, amorosa, respetuosa y le encantaba ayudar a la gente. Ella vivía con sus padres. Su mamá se llamaba Indira, una linda persona, feliz, justa y dulce; su papá se llamaba Cristian, él siempre la cuidaba y la protegía de cualquier cosa que le pudiera hacer daño.

Pero un día todo cambió porque de repente sus padres ya no la dejaban salir del castillo. Había pasado casi un año y la princesa se había sentido muy sola, sin ir a

sus clases y sin estar tiempo con sus amigos; ahora temía que sus compañeros la olvidaran. La princesita se pasaba los días viendo una cajita con muñequitos y le prestaba más atención a la cajita que a sus padres, aunque dentro de ella, en un lugar profundo de su corazón, ella quería salir, jugar con sus amigos, sentirse normal otra vez.

Sin embargo, lo que no sabía nuestra princesa era que fuera del castillo había un monstruo muy grande, verde, feo, volador y feroz que esparcía humo y que intoxicaba a la gente; primero el humo se esparcía por los pulmones y luego cortaba la respiración, por eso sus padres no la dejaban salir. Todos estaban muy tristes porque el monstruo había matado a mucha gente, incluso la bisabuela de la princesa fue atacada y murió, fue un momento muy triste. Entonces la princesa tuvo una idea y habló con su hada madrina, quien después de escucharla le dijo:

–El monstruo no te puede hacer nada, así es que tú tienes que enseñarles a los habitantes como evitarlo.

La princesa Esther se sintió feliz y emocionada y se fue a dar la buena noticia a sus padres; su mamá se sintió muy aliviada, pero su papá seguía asustado porque no quería perder a su única hija. Pero la princesa Esther tenía un propósito, así que salió del castillo

y fue a explicarles a los habitantes del pueblo cómo protegerse del monstruo. Lo que no sabía la princesa era que su papá la había seguido y que el monstruo lo había agarrado, esparciendo humo alrededor de él; la princesa se asustó mucho y se puso a llorar, su mamá tuvo que cargarla y meterla al castillo. En ese momento llegaron unos seres de otra dimensión, se decía que eran médicos o doctores, no entendían que eran los héroes de la vida. Aun así, no podían ahuyentar al monstruo debido a su ferocidad. Afortunadamente el monstruo no pudo matar al papá de la princesa.

Ha pasado el tiempo y todos han aprendido a controlar al monstruo, incluso la princesa Esther pudo salir del castillo para visitar su lugar favorito: el mar, con su agua cristalina y peces de colores. ¡La princesa Esther se emocionó tanto que le dio un abrazo a su papá y a su mamá y fueron felices para siempre!



Un milagro en la pandemia



José Jacobo Sandoval Pérez

(Gimnasio Moderno Santa Bárbara)

En un pueblo llamado Azungo, vivía una familia: los abuelos Jacinto y Lucrecia, su hija Irene y su esposo Lucas; y los nietos Otto y Lucía. Eran muy felices porque sabían que el amor siempre estaba presente en sus vidas. El abuelo era un hombre sabio, cariñoso, aunque un poco regañón; la abuela era la mujer más dulce de todo el mundo, nunca estaba de mal genio. Irene, era trabajadora y servicial, Lucas era un hombre respetuoso y bonachón; Otto y Lucía, por su parte, eran unos niños muy activos, amantes de la lectura y muy dormilones.

Corría el año 2020 y apareció un virus desconocido para todos, los científicos lo llamaron COVID-19 y advirtieron de su peligrosidad, fácil contagio y secuelas; pero a las personas les dio igual y siguieron con su vida cotidiana. Pasaron los días y el virus se estaba esparciendo por todo el planeta, surgiendo advertencias sobre sus síntomas y lo delicado del tema. Los gobiernos establecieron medidas de bioseguridad: las más populares eran el lavado de manos y el uso de tapabocas, a lo que muchos hicieron caso omiso, burlándose de ellas.

Los abuelos Jacinto y Lucrecia, tenían un mini-mercado donde trabajaban todos los días, y aunque tomaron los protocolos recomendados... tristemente se vieron contagiados con este nuevo virus, que ahora llamaban “Pandemia” debido a que ahora estaba en todos los países. Y fue así como Jacinto empezó a mostrar síntomas... se sentía muy mal, tenía la nariz tapada, dolor de cabeza, de cuerpo; mucha fiebre y su respiración se escuchaba muy mal; entonces Lucrecia, sin indicio de contagio, llamó a Irene quien inmediatamente fue a revisarlo, encontrando a su padre tan mal que de inmediato lo llevó al hospital.

Allí las pruebas mostraron lo que temían, Jacinto tenía COVID-19 y su saturación iba de mal en peor... lo internaron en una UCI y sus esperanzas de sobrevivir

eran nulas. Al poco tiempo lo intubaron; esto es lo que más preocupaba a la familia por lo que veían a diario en los noticieros. Pero eso sí, su fe jamás se perdió. Los días pasaban y Jacinto no mejoraba, no podía pasar más tiempo intubado, así que le hicieron una traqueostomía, que es un huequito que hacen en el cuello para que se pueda respirar.

Cada vez las posibilidades de recuperarse del abuelo eran menores, y en casa todos seguían en oración, pues sabían que solo Dios podía salvarlo. Entonces, sus oraciones fueron escuchadas porque después de 30 días en la UCI, el abuelo milagrosamente mejoró, seguía hospitalizado, pero ya no estaba grave. A los 46 días de haber empezado ese mal sueño, volvió a casa donde lo esperaba toda su familia.

Desde ese momento el abuelo hizo todas sus terapias y lo que le indicaban los médicos, y al cabo de unos meses pudo hablar, caminar y respirar sin una máquina. Volvió a consentir a todos en casa y, cada vez que se levanta, sabe que fue un milagro en medio de tanto horror causado por el horror de la pandemia.



El hechicero



Shaira Andrea Rodríguez Pérez
(Liceo Mayor de Villavicencio)

Este era un reino, no tan lejano ni tan cercano, donde reinaba la paz y la tranquilidad, al que un día le cayó un terrible virus provocado por un malvado hechicero, del que no se sabía quién era ni dónde venía. Por esta razón, el rey convocó a sus sacerdotes y consejeros para le informaran sobre este personaje, quienes le manifestaron que este hombre era anciano de muy mal aspecto físico y que llevaba muchos años practicando la brujería y los conjuros; que antes era bueno, pero que algo malo había pasado en su vida que lo había convertido en una persona mala.

Este virus hacía que la gente se enfermara y que tuviera muchos malestares hasta perder la vida y lo peor de todo era que se había expandido aceleradamente en pequeños grupos de personas. La gente empezó a resguardarse en sus casas y debido a esto, sus vidas cambiaron completamente, pues ya no podían realizar las cosas que hacían antes como: jugar, trabajar, estudiar y salir a la calle cuando quisieran.

El rey pensó que, para salvar a su pueblo, debía enviar a sus mejores caballeros con escudos y espadas; sin embargo, estos caían en batalla, ya que el hechicero era muy poderoso y no mostraba una sola pizca de querer ceder. El rey, como último recurso, decidió negociar, ofreciéndole todo lo que tenía, pero el hechicero no aceptó y mencionó que la única forma para acabar con este virus era que los habitantes de aquel lugar cambiaran su forma de ser, ya que algunos eran malos y le habían hecho mucho daño cuando él fue era joven y humilde.

El rey insistió tanto, que el hechicero fue cediendo, creando un conjuro para que el virus se fuera debilitando. Fue así como la gente empezó a recuperar sus vidas lentamente y, a su vez, aprendiendo a convivir con el virus, ya que este no se terminó del todo, sino que iba desapareciendo a medida que los habitantes del reino cambiaban su forma de ser y

hacían el bien. Mientras eso pasaba, el hechicero se volvió amigo del rey y le dio algunas recomendaciones para que la gente se cuidara del virus como: el uso de tapabocas, mantener el distanciamiento social y lavarse las manos constantemente con agua y jabón.

Cuando las personas de aquel reino se dieron cuenta de que debido a su maldad se había generado ese virus, que estaba matando a sus seres más queridos, empezaron a ser mejores personas; le pidieron disculpas al hechicero y, gracias a ello, sus vidas volvieron a la normalidad, pues ya que estaban arrepentidos de corazón. Desde ese momento el hechicero se dedicó a crear conjuros por el bien del pueblo, donde todos vivieron felices.



Tom Sawyer

GRADO
6º, 7º



COLEGIOS
MINUTO DE DIOS

El pequeño monstruo que paralizó al mundo



Sergio Esteban López Murcia

(Colegio El Minuto de Dios Siglo XXI)

“Para buscar una cura, se debe recorrer el mundo”.

Esto se decía constantemente el doctor Lee, quien investigaba en diferentes laboratorios del mundo, especialmente en China, Latinoamérica y Norteamérica. El doctor Lee estaba investigando sobre un nuevo virus chino buscando la fórmula para eliminarlo, cuando uno de sus compañeros médicos salió de la base con diferentes tipos de síntomas. El doctor pudo evidenciar entre los síntomas mareos,

alucinaciones, tos, dificultad para respirar y muchas cosas más. Todos sus compañeros pensaron que era una gripa o un resfriado común, pero un día les informaron que el compañero había muerto de forma inesperada y decían que era un ataque de neumonía.

Los noticieros internacionales explicaron que se iba a expandir un monstruo que mutaba, que era pequeño, extremadamente contagioso y letal. Cinco días después, el líder del grupo murió y ahí fue supieron que el virus era ¡muy contagioso! Por eso, alertaron a todas sus familias. Entonces fue cuando el doctor Lee examinó a los enfermos en diferentes hospitales, encontrando variedad de síntomas como bacterias en la sangre, pulmones infectados y grandes manchas moradas en su cuerpo; además comprobó que algunos de estos enfermos sobrevivieron después de pasados 14 días de contagio.

El amigo del doctor Lee fue el primer caso del monstruo, en enero de 2020. Ese año el Doctor dejó en casa a su hija Xiang quien sufría de diabetes, por eso él no pudo volver a su casa. Primero viajó a Estados Unidos para utilizar su gran tecnología y analizar mejor la COVID-19. Después, junto con sus amigos, se fue a analizar el cuerpo del colega y le sacaron la sangre, la cual contenía aún al monstruo; su forma era redonda

y con tentáculos. Al salir del laboratorio le robaron la muestra y se preguntó: “¿para qué necesitarán la muestra? y ¿por qué me la robaron? Quedó muy angustiado por eso y puso en alerta a todos los laboratorios, luego siguió su camino hacia China.

Después de varias horas de viaje llegó, pero ya era muy tarde porque habían cerrado toda la ciudad de Wuhan, y le tocó dirigirse ir a la frontera de la ciudad. Allí dijo que él era un doctor, que necesitaba entrar para descubrir al monstruo, combatirlo y darle muerte. Le advirtieron que si él entraba debía tener cuidado porque el monstruo había mutado; el doctor se asustó mucho ante la velocidad de este virus tan mortífero.

En Wuhan vio a la misma persona que en Estados Unidos le había robado la muestra; le estaba dando un tubo de muestra a un extraño. El doctor Lee lo siguió por un callejón oscuro y feo hasta dar con un edificio abandonado, lo siguió y entró sigilosamente a una habitación; allí no pudo creer lo que vio:

Un monstruo gigantesco salía de un rayo. Vio que ya había cambiado de materia y de forma y que pasó de monstruo pequeño, redondo y con tentáculos a un monstruo gigante que contagiaba con un solo toque de sus tentáculos a cualquier ser vivo que se acercara.

De allí salió corriendo, pero ya era muy tarde. Entonces él llamo a sus amigos, los cuales estaban en esa misma ciudad. Cuando llegaron, estos comenzaron a luchar contra el monstruo gigante sin dejarse tocar por sus tentáculos, logrando derribarlo con una solución preparada por todos, la cual tenían en un frasco. Luego se fueron rápidamente a terminar de reproducir esa sustancia, convertida ahora en vacuna.

Al siguiente día llamaron al doctor Lee y le dijeron que su esposa y su hija habían muerto. Él estaba diciéndose a sí mismo que eso era su culpa por no encontrar la cura a tiempo. Lloró toda la noche y se propuso encontrar la cura y generar la vacuna, aunque esto le costara la vida. Inició un experimento que consistía en exponerse al mismo monstruo y probar la vacuna en sí mismo para analizar los diferentes efectos y ver si generaba anticuerpos; pero ocurrió que se enfermó y presentó una fiebre terrible que lo hacía tener alucinaciones, donde veía al monstruo atacarlo y ahogarlo con sus tentáculos. Todos sus amigos le ayudaron y le aplicaron la vacuna de prueba, resultando todo un éxito porque se recuperó en menos de siete días; en consecuencia, iniciaron la elaboración de muchas réplicas para repartirlas a todos los laboratorios del mundo. Finalmente, él y sus amigos combatieron y derrotaron

a este monstruo pequeño, mutado en gigante. Ya solo había que esperar a que llegara pronto la vacuna a todos los países para que así el mundo estuviera a salvo. Pasaron unos cuantos meses y hasta el final del año 2021 muchas personas han logrado salvarse.



María y el coronavirus



María Angélica Afanador Duran

(I.E. Café Madrid)

María, una pequeña niña, un día le preguntó a su papá:

–Papá, ¿por qué no puedo salir a jugar? –María estaba muy aburrida de estar encerrada en casa.

–Pues porque ahí fuera hay un microbio, tan pequeño que es invisible, que si te agarra hará que te pongas enferma –le contesta su padre.

–¿Algo que no se ve, puede hacer eso? ¿Cómo?

–Ven, que te lo explico.

–Aunque no los veamos, este planeta está lleno de microbios –empieza a contarle–. Están en el agua, en el suelo, en el aire... Si los pusiéramos en una balanza, ¡pesarían más que todos los animales juntos! Hay de muchos tipos. La mayoría son buenos y nos ayudan, pero hay unos cuantos que, si nos invaden, hacen que nos sintamos muy mal.

–¿Estos son malos? –pregunta María.

–Sí. Se llaman virus. Son los microbios más pequeños y no pueden sobrevivir por sí solos. Necesitan meterse en otras células, por ejemplo las de nuestro cuerpo. Una vez dentro, lo rompen todo, porque son muy brutos y se multiplican sin parar. Así es como causan enfermedades.

–¿Y este es el que nos está causando tantos problemas? –pregunta nuevamente María.

–Sí, lo llamamos “Coronavirus” porque, si lo miras de cerca, parece que lleve una corona. Estos bultos que tiene hacen que se enganche a las células de los pulmones y por eso da tos y fiebre. Es lo que pasa cuando nuestro cuerpo intenta echar a un microbio. Si tienes el virus dentro y toses, sale volando y se queda pegado a los objetos, esperando que alguien lo toque. Así salta muy fácilmente de una persona a otra.

–¡Qué miedo! –exclama María preocupada–. ¡Será mejor que nos protejamos!

–No tienes por qué asustarte: si te pones mala te curarás pronto. El problema es que ataque a una persona mayor o a alguien que padezca otras enfermedades. Estas personas sí que lo pueden pasar muy mal.

–¡Ah!, por eso es tan importante que nos quedemos en casa: para no contagiarnos nosotros... pero sobre todo para no contagiar a los abuelos y abuelas.

–Así es. Y también para que no nos pongamos enfermos todos a la vez. ¡En los hospitales no habría camas suficientes para curar a los que se encuentran peor! María sonrío.

–¡Pues ahora ya no me importa tanto estar encerrada hasta que el virus se vaya! Aquí también hay muchas cosas que hacer... ¿Me ayudas con este puzzle? ¡Solo tiene mil piezas!



¿Sabes quién soy?



Érase una vez un ser muy diminuto que llegó al bajo mundo a finales del año 2019, nadie lo conocía, nadie había escuchado de él, nadie lo veía, pero al transcurrir el tiempo sí lo sentían. Ese ser fue traspasando frontera tras frontera hasta que logró extenderse por todo el mundo. Como nadie lo veía, él lograba quedarse en cualquier parte, y dentro de sí mismo decía:

–¡Jajajajajaja...! tengo el don de hacer daño sin que nadie me vea, así que nadie me podrá atacar.

Fueron pasando los días, semanas y meses, y el ser diminuto comenzó a hacer un daño tan increíble, que nadie sabía el porqué de lo que estaba sucediendo. Era impresionante como un ser tan microscópico podía ocasionar un pánico excesivo en seres que lo superaban en tamaño. Fue así como un grupo de superhéroes llamados OMS empezaron a evaluar el comportamiento del ser malvado para planificar una estrategia de ataque.

A pesar de que el grupo superior OMS empezó trabajos para confrontar al ser diminuto, este seguía haciendo daño, nadie lo detenía y al ver que lo querían derrotar dijo:

–¡Que chiste!, me quieren superar, pero lo que no saben es que ellos me están ayudando a seguir explorando más y más fronteras; yo seré el dueño del mundo y no podrán derrotarme jamás.

Entonces, los superhéroes al ver que el ser diminuto cada vez hacia más daño, y aun no hallaban un plan para la confrontación final, decidieron poner una regla. Fue así como el rey de la OMS dijo: TODOS A CASA, nadie puede salir, así DERROTAREMOS al ser

insignificante que nos quiere acabar. De esta manera empezó la lucha contra el ser diminuto, todos en el mundo obedecemos y nos fuimos a casa, pero lo que nadie imaginaba era que eso no cambiaría las cosas. Entonces el ser diminuto se volvió a pronunciar diciendo:

–¡Jajajajajaja! lo estoy logrando, no me podrán acabar. Ni los superhéroes lo conseguirán.

Fueron pasando meses y meses de organización y planificación por parte de la OMS hasta que llegó, en el 2021, el fruto de muchos años de trabajo, en dónde los superiores lograron encontrar una nueva forma de confrontar al enemigo: diseñaron el antídoto a través de una vacuna para toda la humanidad.

Pero ocurrió algo impresionante, ya que pensábamos que con la vacuna derrotaríamos al ser malvado, pero no fue así porque al pasar cinco meses desde que se presentó la fórmula secreta para acabar con el ser diminuto, este siguió apoderándose del mundo. Fue ahí donde el ser malvado quiso explotar y se pronunció para que todos conocieran sus verdaderas intenciones:

–Soy la COVID-19 y aunque han logrado crear una vacuna para derrotarme, si los superiores y la humanidad no obedecen seguiré apoderándome del

mundo. Soy diminuto, pero quiero transformar el mundo para que todos aprendan a valorar a los demás y no subestimen a los “seres inferiores o diminutos” como yo, porque todos merecemos un espacio en este mundo, seamos diminutos o superiores.



El virus aún desconocido



Katherine Sofía Castro Camacho

(Colegio El Minuto de Dios)

Había una vez un virus que se originó en Wuhan – China, en una plaza de mercado de animales silvestres y exóticos. El virus se sentía confundido; un humilde señor pasó por la plaza de mercado a comprar un animal exótico y el virus, sin querer, se le pegó; entonces se dio cuenta de que podía viajar tan lejos sin tener alas y, tan cerca, sin tener pies.

El humilde señor empezó a ponerse mal, sentía demasiado dolor y calor en su cuerpo, era una fiebre intensa, sentía que no podía respirar y que no tenía aire

en sus pulmones, además lo aquejaba un fuerte dolor de cabeza; estaba claro que el virus viajaba felizmente por su cuerpo. Entonces decidió ir al médico, allí lo examinaron detalladamente y detectaron algo que no era normal. El médico realizó una reunión urgente de doctores, pues en los exámenes de pulmones encontraron un virus que se desconocía. El humilde señor empeoró hasta que finalmente murió. Los médicos quedaron abrumados al conocer el poder del virus. ¡NO SABÍAN QUIÉN ERA YO!

Al hospital siguieron llegando personas enfermas con los mismos síntomas del señor humilde y los médicos se sentían muy confundidos de verme como un virus desconocido, peligroso y contagioso. un día un médico chino dictaminó que yo era primo de la gripe y el resfriado... pero soy aún más peligroso si entro por tu boca, ojos y pulmones y, si no tienes buenas defensas, te puedo matar.

El virus siguió viajando tanto que recorrió todo el planeta en tan solo tres meses y eso que no llevaba maleta; viajó por calles, carreras, carreteras, casas, autos, trenes, aviones, ciudades, pueblos, países y continentes. ya todo el mundo me conocía y me llamaban **coronavirus** o **COVID-19** porque había nacido a finales de ese año. Las personas empezaron a lavarse las manos y a usar

tapabocas debido al susto que les inspiraba el virus. pero... ¿por qué?, si yo tan solo vine a conocerlos, no sé por qué huyen de mí, si soy tan pequeño y esférico, tengo una cadena de arn con polaridad positiva, y tengo una capucha y una cola.

Luego nació la expresión **confinamiento preventivo**, todo mundo permanecía en casa, las calles se mantenían vacías, la naturaleza florecía y los animales felices se veían, pero yo no podía viajar, porque no veía seres humanos para infectar.

Ahora están investigando la vacuna para poderme eliminar, pero yo insisto en que me puedo quedar y ustedes insisten con la nueva normalidad. sé que han muerto millones de personas porque no me han podido atacar y los hospitales colapsaron por mi culpa ya que han enfermado millones.

Todo cambió; los niños estudian y los padres de familia realizan sus trabajos desde casa, cerraron colegios, empresas, bares, iglesias; el Papa oraba y decía que era falta de fe. Lo único que les digo es que me he fortalecido porque ahora tengo nuevos amigos, los llaman los cepas, pues han modificado mi aspecto físico. así experimenten varias vacunas, no me he dejado derrotar porque he venido al mundo a

enseñarles que la vida en familia hay que disfrutarla, que tu salud es lo más valioso y que tu casa es el resguardo más importante que te puede salvar. si te cuidas no te vas a enfermar, ni tus familiares, hasta que te vacunen.



Harry Potter



GRADO
8º, 9º

Nada es imposible



Luisana Carolina Nieves González

(I.E Mayor de Valledupar)

En un lugar muy tranquilo vivían Marie y su madre Alison hasta que llegó algo a sus vidas que lo cambió todo.

El amor y los secretos que guarda una madre, que ha vivido toda su vida intentando alegrar la de su pequeña hija de once años, son cosas que no se comparan con nada; es un amor incondicional que puede ir por encima de cualquier cosa. Alison puede recordar a la perfección cómo inició todo: con pequeñas manchas

en los diminutos dedos de su pequeña Marie. Algo que parecía no ser tan importante, por lo que solo la llevó donde un médico general. Este le remitió donde un dermatólogo.

En sus recuerdos prevalecía claramente la imagen de ese hombre, bajito, regordete y canoso con el que empezó el viaje de médico en médico. Las manchas blancas dejaron de ser pequeñas y se extendieron hasta su rostro, sumando a esto una clara hinchazón que casi no dejaba ver lo linda que era su cara infantil. Alison cada día se sentía más angustiada de ver cómo su niña se deterioraba poco a poco sin darse cuenta, viviendo como cualquier infante con restricciones notables; su sufrimiento constante no tenía comparación alguna.

Con el pasar del tiempo, la cara de Marie se puso tan hinchada y llena de manchas que era casi irreconocible. También era más que clara la falta de movilidad que tenía. Mientras los demás niños corrían y jugaban, Marie solo se limitaba a ir en la parte de atrás del juego, pero siempre con una sonrisa dibujada en su rostro. Alison, asustada por su hija, lo primero que intentó fue ir con un médico de la zona, el mismo médico que después realizó una cirugía en el rostro de Marie, justo en la parte alta de su nariz. El doctor utilizó anestesia local y, con un peso de pluma, realizó la operación bajo la mirada de pánico de Marie.

Entre súplicas, Marie tomaba la mano de su madre y le pedía a gritos que la sacase de ahí. El procedimiento duró alrededor de veinte minutos, luego de eso, salieron directo a su casa; mientras iban en el carro, el ambiente se sentía triste y extrañamente nostálgico, así que Alison optó por encender la radio.

–El primer caso de Coronavirus ha entrado al país – hablaba en la radio el presidente– se recomienda empezar a utilizar medidas preventivas para evitar posibles contagios.

Alison volteó para ver a Marie en los sillones de atrás y en el instante que le permitió cruzar las miradas no notaba más que dolor; su hija estaba triste. Marie ya no sonreía y fue ahí en donde Alison se dio cuenta de lo vital que era esa borrosa felicidad; esto le hizo sentir el corazón más pesado. Sin embargo, luego de varias semanas de espera la biopsia no dio resultado, así que Alison hizo lo imposible por conseguir cita con una doctora muy famosa.

–¡Bienvenidas! –les saluda sonriente la anciana sentada detrás del escritorio– ¿En qué les puedo ayudar?

Alison le contó de manera breve toda la situación y en poco tiempo ya Marie estaba siendo revisada, pero

durante toda la cita Marie pudo notar que su mamá no dejaba de toser en pequeños intervalos de tiempo.

–Apunta a ser una Esclerodermia, –dijo la doctora después de terminar la revisión, al mismo tiempo que ojeaba un poco los exámenes de antes– es un grupo de enfermedades poco frecuentes y es muy extraña en niños.

–¿Qué podemos hacer?

–Podemos iniciar un tratamiento que consiste en tomar alrededor de diez pastillas al día y usar productos en crema. Marie no puede tocar el sol por nada del mundo, eso puede activar la enfermedad mucho más.

El tratamiento inició ese mismo día, pero unas semanas después Alison fue diagnosticada con COVID-19, que contrajo gracias a la penosa aventura de ir de médico en médico tras las citas de Marie, quien ahora postrada en una cama, no podía respirar por sí misma. Alison no dejaba de pensar en su hija. Esos mismos ojos que ayer mostraban amor y una extraña luz, hoy estaban llenos de lágrimas. ¿Acaso iba a dejar que la situación le ganara? ¿Tan mala madre era?

Entonces cerró los ojos y oró a Dios con toda la fuerza de su alma por un milagro, prometiéndole ese mismo día vida a Dios. A su edad era consciente de que nada

en la vida era fácil, pero también sabía que para Dios nada era imposible.

Al cabo de un mes ella salió victoriosa del hospital, y cuando llegó a su casa no pudo creer lo que estaba viendo: Marie ya no tenía dolor cuando corría, le había salido de nuevo casi la mitad del cabello que perdió y su cara ya no estaba roja ni hinchada. Pero la reacción de la doctora al verla fue mucho mejor. Ella miraba y miraba las hojas una y otra vez, pero no se creía lo que estas indicaban. ¡La niña estaba curada!

Alison no sentía más que gozo y alegría inundando todo su ser, pues luego de todo lo que pasaron no había mejor noticia que esa. Después, Marie mejoraba significativamente, hasta el punto de que no había rastro de enfermedad sobre ella. Y fue ahí donde todo cobró sentido porque supieron por qué, después de tanto tiempo de lucha y sufrimiento, noveían luz. Lo que pasaba es que Dios las estaba llamando. Marie y su madre entendieron que cuando Dios tiene bendiciones para dar, primero se debe pasar por pruebas difíciles, aunque al inicio no se entienda la razón.



Una amistad sin barreras



Angél Santiago Guerra Beleño

(I.E. Rafael García Herreros)

¿Cuándo acabará esto?

Eso se preguntaba un perrito de la calle llamado Franco, mientras esperaba a que le dieran las sobras para poder comer feliz con su compañero humano Raúl y para seguir con su trayecto en busca de “El mayor pedazo de carne” y deleitarse así con su buen sabor. Esto a Franco no le importaba mucho, pero sí le gustaría poder probarlo algún día. Franco fue recogido bajo la lluvia por Raúl cuando solamente contaba con tres semanas de vida y, desde ese momento, supo que Raúl era su mejor amigo.

Si estaba con él, su vida iba a ser muy feliz a pesar de no tener un hogar, pero todo esto acabaría con la llegada de una noticia algo inesperada. La gente mira las noticias y se asombra, Franco ve las caras de todos y están desconcertados; están asustados viendo como caen las personas muertas en la calle repentinamente. Los periodistas no lo pueden creer y lloran desconsolados mientras realizan su trabajo.

En todo el mundo está circulando el acontecimiento de una enfermedad que asesina instantáneamente; nadie se esperaba esto, pues en efecto esta cosa es un virus apodado coronavirus o corona. Este virus, según lo que Franco escuchó de unas personas que iban pasando cerca, venía de una ciudad en China y se habían registrado unos cuantos casos en nuestro país (Colombia), pero “de seguro todo acabará en un par de semanas”. Lo que no esperaba la gente era que esto cambiaría sus vidas por completo, pues en un principio no fue tomado con mucha importancia, incluyendo a Franco, quien se relajó debido a que no comprendía la magnitud de este virus que luego se convirtió en pandemia. Pareciera como si no fuera a afectar ni a Raúl ni a Franco.

Al cabo de un mes Franco escuchó que el dichoso virus ya estaba en las ciudades principales de su país, lo que obligó a que el gobierno confinara a toda la población,

quedándose en sus casas para evitar el contagio de este virus que solo afectaba a los seres humanos. Esto tranquilizó un poco a Franco, al no ser un humano, pero se olvidaba que Raúl sí podía contagiarse, además podría morir según lo que escuchó decir a esas personas que portaban trajes extraños y cubrían sus caras sin poder reconocerse unos a otros.

¿Iban así para una fiesta de disfraces?

Eso se preguntaba Franco, así que siguió a esas personas hasta un lugar muy grande en el que todos tenían esa extraña cosa en sus caras que supuestamente los protegía, algo que hizo que Franco buscara más de esas cosas para Raúl. En el camino se encontró con una señora que estaba postrada en una cama y que tenía tubos por todo el cuerpo, la misma que lo saludó con un gesto amigable. Él siguió con su búsqueda y encontró una caja que tenía de portada unas cosas para taparse la cara, las tomó en su boca; luego halló una bolsa en la que metería la caja, una barra de jabón, una botella de agua y una botella de gel hidroalcohólico.

Todo esto pesaba mucho para él, así que decidió pedir ayuda, a lo que una mujer con bata se le acercó para ver la razón de su insistencia. Franco aprovechó la oportunidad y le señaló hacia afuera donde estaba

Raúl. La chica le entendió, así que compró algo de comer y le ayudó con su bolsa mientras que Franco la dirigía adonde se encontrab Raúl. Una vez llegaron ahí, la mujer le dio las cosas a Raúl y le dejó dos empanadas para comer. Raúl agradecido le preguntó su nombre y ella le contestó:

–Mi nombre es Lisa.

Luego se despidieron y Franco le explicó a Raúl -con señas- que es lo que debía hacer con las cosas que le había conseguido; cabe destacar que Raúl entendió poco, pero igualmente agradeció el gesto e intentaba comprender. Una vez acabado el día, Franco fue a acostarse al lado de su amigo, feliz porque había logrado su misión.

Durante los próximos meses Franco continuó visitado el lugar de trabajo de Lisa, así como ella también visitaba a Franco y a Raúl; además, ella siempre traía cosas para ayudar a este dúo de amigos, incluso una vez le trajo a Franco “El mayor pedazo de carne”, lo cual alegró mucho al perro porque su sueño se había hecho realidad.

Pero ese sentimiento no duraría mucho, pues en una de esas visitas ocurrió algo que probablemente era de esperarse: Raúl se había enfermado del virus y estaba muy mal, por lo que Lisa envió a Raúl al hospital, como

si fuera su padre, para que atendieran rápidamente su enfermedad. A Franco, Lisa lo llevó a su casa aunque él se escapaba para ir a su hogar en el que faltaba Raúl. Pero esta situación solo duraría unas semanas, ya que a Lisa le darían la noticia de que Raúl había perdido la batalla contra el virus. Fue muy difícil para los dos acostumbrarse a la ausencia de Raúl.

Pasaron unos meses en los que ella intentaba darle un nuevo hogar a Franco, pero aunque lo intentaba, él nunca quiso aceptar su nueva forma de vida sin su fiel amigo. Pero luego pasaría algo que lo cambiaría todo, porque a pesar de las constantes luchas por parte de Lisa por hacer que Franco se fuera a vivir con ella, había otro peligro que en ese momento sucedía en las calles de Colombia: el paro. La inconformidad del pueblo ante el gobierno provocó caos en muchas calles, siendo un total peligro en las noches. En una de esas noches de terror, Franco se encontraba durmiendo debajo de sus cobijas en medio de las peleas, y de la nada se escucharon ocho disparos de los cuales uno impactó en su cuerpo, dándole lentamente fin a su triste vida. Mientras eso ocurría, él se preguntaba con sus últimos alientos, algo que corría en su mente desde que fue separado de su amigo, un sufrimiento que había sido calmado por Lisa, la única persona que

los ayudó en toda su vida, puesto que los demás los ignoraron sin piedad.

¿Cuándo acabará esto?

Luego, Franco entró en un sueño profundo en el que se podría volver a reunir con su querido amigo Raúl.

Al día siguiente Lisa fue a visitar a su amigo, pero se encontró con la sorpresa de que ese, quien alguna vez fue un perro feliz, estaba muerto, tendido en el suelo cubierto por las sabanas que estuvieron acompañándolo toda su vida. Lisa procedió a levantarlo y llevarlo a un buen lugar para ser enterrado. Después de esta experiencia, Lisa siguió con su vida con el nuevo propósito de lograr proteger a todos los animales.

Luego de la vacunación masiva las personas volvieron a sus vidas comunes y corrientes. Lisa fue ascendida de cargo en su trabajo, lo que le posibilitó hacer su anhelo realidad; crear una fundación de refugio de animales perdidos o con lesiones para poder darles una segunda oportunidad de vivir. Entre estos animales hay uno que es especial porque le recuerda a Franco y la amistad sin barreras que ellos tuvieron. Este perrito le hace recordar lo importante que es valorar la vida puesto que en cualquier momento puede suceder algo que le dé fin; por lo tanto, hay que vivir feliz aprovechando todo lo bueno que ocurre a

nuestro alrededor y apreciando lo que se nos otorga cada día sin menospreciarlo, puesto que eso que nos hizo felices en algún momento, sin saberlo, podría desaparecer para siempre.



Jessica



Mariana Muñoz Gamba

(Colegio El Minuto de Dios Siglo XXI)

La luz del sol bañaba a Jessica quien se encontraba durmiendo plácidamente en su cama, frunció el ceño y movió la cabeza incómodamente mientras despertaba, alargó un bostezo mientras se frotaba los ojos y se sentaba en la cama. Observó su cuarto con tristeza, extrañaba a su familia, no la veía desde hacía mucho tiempo, básicamente desde que la pandemia había empezado, suspiró mientras se dirigía al baño para arreglarse.

Hoy tenía turno en el hospital, le tocaba doble turno ya que uno de sus compañeros se había contagiado de

COVID-19 y había muerto, pero no existía tiempo para luto, más personas estaban muriendo y aunque fuera doloroso, la vida seguía y los contagios aumentaban.

Jessica tomó sus cosas y se dirigió al hospital; al llegar pasó por la zona de desinfección, se puso su traje de bioseguridad y se dirigió a la UCI, donde se encontraban sus pacientes.

–Buenos días doctora –saludó una de las enfermeras.

–Buenos días Nancy –dijo sonriendo–, reporte del día de ayer, por favor.

–Anoche tuvimos que hacer ventilación mecánica no invasiva a los pacientes de la cama tres y cinco, al paciente de la cama siete tuvimos que hacerle RCP en las que dos veces usamos desfibrilador; en este momento está estable, sin embargo no creemos que sobreviva hoy.

–¿Es tu opinión o..?

–Es la opinión de todos los médicos que lo han visto.

–No es justo –murmuró Jessica–, solo es un niño, tiene toda la vida por delante y aún así, si sobrevive a esto...

–Le quedaran secuelas y pasará toda su vida en un hospital. –Terminó la frase la enfermera–. Lo siento mucho.

–También yo –respondió Jessica acercándose a la cama cuatro–. ¿Hace cuanto le tomaron la temperatura?

–Hace más o menos dos horas, estaba en 40.4 grados –dijo la enfermera poniéndose al lado de Jessica.

–Llama a neurología o pediatría, ya pasó mucho tiempo y lo más probable es que tenga muerte cerebral, y si no es el caso, sus órganos ya deben estar fallando.

–Lo lamento mucho, hicimos todo lo que pudimos.

–No –murmura la mujer–. Pero... pero ustedes dijeron que estaba mejorando –dijo con la voz entrecortada.

–Hicimos todo lo que pudimos para salvar a su hijo.

–¡Mentira! –gritó la señora para luego empezar a sollozar– ¡¿Por qué Dios mío?! –gritó entre lágrimas– mi bebè –murmura–. Todo esto es su culpa, debió hacer más por mi hijo y debió salvarlo –dijo sollozando–; es su deber salvarlo –murmura despacio para luego colgar.

Jessica suspira mientras pone el teléfono en su lugar, siente cómo las lágrimas van bajando por sus mejillas, su garganta empieza a dolerle y su cuerpo empieza a temblar. Era tan solo un niño, realmente le dolía.

¿En verdad, valía la pena? Estaban intentando vencer a la muerte en toda su gloria y no sentía que realmente

valiera la pena. Desde la universidad se había preparado para poder lidiar con la muerte, pero nunca pensó que tantas personas murieran a su cuidado, ¿y si en vez de hacer las cosas bien, las estaban empeorando?... no sabía, no tenía una respuesta a ninguna pregunta y eso le carcomía por dentro. Tantos meses lejos de su familia, ¿realmente era necesario ese sacrificio? Ver a sus compañeros morir, contagiarse, no poder salir de su casa... se estaba volviendo loca y la máscara empezaba a ahogarla...

–¿Se encuentra bien doctora? –pregunta la enfermera.

–Estoy bien Nancy –dice Jessica con una sonrisa mientras pasa por las camas de los enfermos, –¿dónde está Alexander? –preguntó viendo la cama vacía.

–Ayer le dimos de alta –dijo la enfermera.

–¿En serio? –preguntó Jessica extrañada. Alexander era un hombre de cuarenta años que había ingresado hace unas dos semanas a cuidados intensivos por COVID-19, era uno de los pacientes que tenían mayor riesgo de morir.

–Todo gracias a usted, doctora –dijo Nancy sonriendo.

–Me alegra mucho que se encuentre bien –dijo Jessica feliz, sin embargo su sonrisa se borró al instante.

–¿Está todo bien? –preguntó la enfermera al ver que algunas lágrimas salían de los ojos de Jessica.

–Sí..., es solo que... mucha gente está muriendo y siento que no estamos haciendo lo suficiente.

–¡Ey!, estamos salvando vidas, eso es suficiente.

–No sé Nancy, estos cuatro meses he perdido más pacientes de los que he salvado.

–No estábamos preparados para esto, pero gracias a su labor y a todos los doctores y enfermeras que están en este hospital hemos logrado salvar a muchas personas, como a Alexander. Cuando él se fue me dijo que le agradeciera a usted por lo que había hecho por él; gracias a usted él pudo irse a su casa con su familia, sin usted él no lo hubiera logrado. –Jessica sonríe.

–Gracias Nancy, solo espero que esto termine pronto, mientras tanto, vinimos aquí a salvar vidas, y no me voy a dar por vencida.

–Así se habla doctora –dice Nancy sonriendo nuevamente.



Fuegos artificiales



Mateo Zamora Napuri

(Colegio Cristo Rey Minuto de Dios)

Todo comenzó a principios de invierno del 2019, se suponía que esa sería la mejor época del año, pero al parecer no fue así...

Me llamo Xiao Yu, tengo 16 años, vivo en Wuhan – China, en el continente asiático. Vivo... vivía con mi padre y mi madre. Mi padre se llamaba Chang y mi madre Xiang. Vivíamos humildemente en una casa propia, no era mucho, pero al menos nosotros éramos felices.

Mi padre trabajaba en el mercado de Wuhan, a él le encantaba trabajar allí. El 23 de diciembre mi padre

cumplía años, por lo que mi madre le aconsejó quedarse en casa para celebrar en familia su cumpleaños; él hizo caso y se quedó con nosotros. Esa tarde no fuimos a comer pues no teníamos suficiente dinero, en vez de eso preparamos un delicioso estofado de pescado, que era la comida favorita de mi papá; pasamos toda la tarde juntos hasta quedarnos dormidos, fue un día muy agradable. Al día siguiente mi padre fue a trabajar al mercado, cuando llegó se llevó la sorpresa de que ese día no había tanta competencia pues casi no había vendedores. Mi padre le preguntó a un vendedor y este le dijo que a la mayoría les había dado un resfriado; él feliz, porque no tenía competencia, sacó toda su mercancía y empezó a venderla sin saber la grave situación que se avecinaba.

Pasaron tres días y nada que llegaban los demás vendedores, así que mi padre, preocupado, decidió visitar a algunos de ellos. Lo que vio no fue lo que esperaba, pues los vendedores estaban en cama con toda su familia al lado velando por ellos. La mayoría de vendedores parecían estar a punto de morir. Mi padre histérico decidió devolverse a casa, y cuando llegó vimos que en las noticias habían anunciado el brote de un virus desconocido, parecido a la gripe pero más mortal, pues ya habría cobrado la vida de 232 personas y había más de 2000 contagiados en

Wuhan. Mi padre preocupado habló sobre el tema en la cena y decidió que nadie debería salir de casa, que era por nuestro de bien. Yo, sin entender mucho, le hice caso pues siempre fui una buena hija.

Los siguientes cinco días los pasamos en familia y en nuestra casa; fueron unos días agradables pues hablamos de lo que nos gustaba y descubrimos cosas que antes no sabíamos. El 31 de diciembre era el Año Nuevo en Occidente y aun así vimos mucha gente en las calles. Cayó la tarde y le dije a mi padre que si podíamos salir por un instante a ver los fuegos artificiales, él me miró a la cara y me dijo que sí con una sonrisa; por suerte alcanzamos a llegar. Me encantaba ver los fuegos artificiales, pero esa vez fue aún más increíble pues estaba con mi padre y mi madre. Cuando volteé a mirarlos y los vi sonriendo, me alegré muchísimo, quería que ese momento nunca acabara. De repente empezó a llover y nos tuvimos que regresar pues no teníamos paraguas; fue un regreso largo pues había demasiada gente. Cuando llegamos por fin pudimos recostarnos en la cama y dormir un rato. Fue un día muy alegre para mí, o eso creí, pues en la mañana siguiente mi papá amaneció con un leve resfriado.

Pasaron dos días y ese resfriado se volvió aún más fuerte, tanto que lo llevaron a la cama. Al día siguiente

mi padre estaba muy pálido y no podía respirar, me pidió que me acercara para decirme algo, lo que me dijo fue: “cuida bien de tu madre, no cometas más travesuras, consíguete un buen trabajo, pero sobre todo sé feliz, sigue mi ejemplo. En toda mi vida yo fui feliz, ver los fuegos artificiales contigo fue el mejor momento de mi vida”. Sin nada más que decir mi padre falleció. Me sentí muy culpable pues si nos hubiéramos quedado en casa nada de esto hubiera pasado. Viví con ese remordimiento durante toda mi vida y no pude ser feliz sin importar lo que hiciera. Lo único que quería era pasar unos momentos nuevamente con mi padre, pero esto no es un cuento con un final feliz; lamentablemente esto es la realidad...



Frankenstein



GRADO
10° 11°



El alquiler de sueños



Michell Andrea Rodríguez Herrera.

(I.E Rosedal)

En un pueblito de Mérida vivió un gran hombre, un anciano dedicado a la escultura, en las que había mucho más que madera; sus esculturas eran muy reconocidas en la región, pero un día la felicidad se apagó. El miedo reinaba en las calles porque un virus estaba acabando con la cotidianidad. El anciano vivía solo y no recibía visita alguna, pero muchos no sabían que tenía un dolor muy grande en su corazón, no entendían por qué se cerraba a cualquier sentimiento y mucho menos por qué cerraba su tienda con la caída del sol. Algunos pensaban que debido a la pandemia su trabajo no iba bien.

En aquel pueblo también vivía Josué, un joven que se caracterizaba por su buen corazón y humildad y, quien durante el tiempo de vida del anciano fue la persona que más se acercó a él. El anciano le confió a Josué lo que sentía pues vio que tenía un corazón lleno de bondad, mientras los demás se preguntaban qué aquejaba emocionalmente a este anciano. Josué fue el único que pudo entender ese misterio, que era traslúcido en la mirada de aquel hombre. El anciano poseía una pequeña caja que tenía por nombre “el alquiler de sueños”, la cual también era un misterio, pero Josué, gracias a la confianza del anciano, se enteró del gran misterio que envolvía aquella caja. En ella había unas esculturas y cada una de ellas representaban a un miembro de su familia; su esposa y sus dos hijos que habían muerto a causa de la pandemia; esa era la razón del terrible dolor que aquejaba su corazón.

El anciano usaba las esculturas como medio conductor para llegar a los brazos de su amada y las cálidas voces de sus hijos, por eso se encerraba con la caída del sol, puesto que justo a esa hora las almas de su familia se escapaban de las ataduras de la muerte para amarse cada atardecer y darse ese cariño que la muerte había separado. A causa de esto, la familia valoraba mucho más el tiempo que pasaban juntos, aunque no fuera

cuerpo a cuerpo, sino de una forma más pura; de alma a alma, de corazón a corazón y lleno de un amor completamente verdadero. Josué al presenciar este asombroso hecho quedó sin palabras, y anonadado preguntó:

–¿Pero... usted cómo descubrió esto?

–Un día en que lloraba angustiado por mi familia, llegó a mí como destellos de luz algo tan inverosímil que me dijo: “yo soy el encargado de definir a cada persona por cómo piensa y a mis hermanos por cómo actúan”. Estos destellos eran incapaces de ver al ser humano como alguien puro y correcto, por lo que condenaban a una vida de tortura a personas inocentes por medio de la muerte.

El objetivo de la colaboración del anciano no era más que ver a las personas tal cual eran, haciendo una escultura, pero no en un trozo de madera bien pulida, sino en ver a través de su mente el corazón de esa persona, para así brindarles a los justos y buenos una verdadera liberación de sus torturas y darle a los déspotas, crueles y malévolos el verdadero suplicio que merecían. Este arduo trabajo le sería recompensado con lo mejor que nunca imaginó: estar con su familia.

Un día mientras escogía los materiales para esculpir a Ester, una mujer de aproximadamente 91 años de edad, el anciano le preguntó a Josué:

–¿Cómo ves a esta mujer? –A lo que este respondió:

–Posee una cabellera color ceniza y arrugas.

–Yo veo un corazón blando, puro, benévolo, servicial, lleno de amor y justicia. Cuando te pregunté qué veías en ella, no me refería al físico sino a las virtudes que acaparan la mayor parte de su corazón; por eso la representaré por medio de una orquídea blanca, que representa su bondad y pureza, luego la rociaré con agua de rosas que crecen al pie del manantial para darle a su alma la paz que se merece.

Josué, con algo de intriga, preguntó:

–¿Por qué tanta pleitesía hacia esa mujer?, ¿acaso la conoces? –El anciano soltó una risa cautelosa y dijo:

–Mis ojos ven el alma de las personas. Esta mujer acaba de morir, ha dado su vida para que un joven viviera y pudiera conocer a su hija que estaba por nacer. El joven se encontraba en el hospital, tenía una neumonía viral, los respiradores escaseaban, la familia del joven estaba muy desesperada porque no había más respiradores y debían conseguir uno con urgencia. Ester al ver tan lamentable hecho, se

desconectó de su respirador, se lo dio al joven, miró al cielo y dijo: “Gracias por el viaje”. Después de esto, una lágrima corrió por su rostro agradecido y murió. A las pocas horas el joven despertó en un cuarto de hospital, a su lado se encontraban su esposa con su pequeña hija en brazos; extrañado mira a todas partes, encontrándose con un rostro feliz y puro: ¿es mi hija? pregunta. La toma entre sus brazos y, como si el tiempo se hubiese detenido con solo verla, su esposa le contesta: “Amado mío, esa es Ester, tu hija”.

Después de tan conmovedora historia, Josué pregunta intrigado:

–¿Pero cómo sabes todo esto?

–Su alma está junto a mi oído susurrándome.

–¡Que interesante! –responde Josué maravillado–, es fascinante que en un mundo tan déspota y perverso, existan personas capaces de realizar tal acto de bondad.

Esta historia llenó a Josué de muchas dudas pero también de unas ganas de disfrutar y deleitarse con el trabajo del anciano.

–Josué, todo está bien, no llenes tu cabeza de dudas; Ester existe en la forma más bella, como una estrella

guardiana. Todos tenemos una estrella, ángel, guardián como quieras llamarle, este nos cuida y protege.

Al terminar la escultura y explicarle a Josué, le pidió que tomara la escultura y permitiera que un rayo de sol la iluminase, colocándola en un trono de madera a la espera de su búsqueda. Al caer la tarde el anciano se despide de Josué y se encierra en su tienda, pero esta vez no es para hablar con su familia, sino para escribir durante un par de horas. En aquellas palabras expresa a Josué su gran aprecio, lo viejo y cansado que se encuentra, y que ya era hora de que su corazón noble tomara su lugar. Luego de terminar la carta la dejó sobre el escritorio junto a distintos tipos de madera y los mejores materiales que podría necesitar para esculpir, con una nota que decía: “Mira con tus ojos a través de mi alma, escúlpeme en una figura y luego guárdala en el alquiler de sueños”.

Al día siguiente Josué se dirigió a la tienda y le pareció extraño que estuviera cerrada; entonces, se apresuró a ver por qué el anciano todavía no estaba esculpiendo como lo hacía día a día. Cuando entra ve todo lo que había para él en el escritorio; su tristeza era evidente y, para honrar su memoria, hizo todo lo que él pidió. Josué transmitió la historia del tan benevolente anciano y muchos le preguntaban: ¿por qué la cajita tiene por nombre “el alquiler de sueños”?

–Esa caja era el único sueño verdadero que tenía el anciano, era la única forma que tenía para estar al lado de sus seres amados, extraño modo, pero era la única oportunidad de disfrutar de ellos; su sueño era cumplido cada noche, aunque fuese por un instante, fue un sueño prestado, un sueño alquilado. Gracias a la petición de los destellos de luz, él tenía la certeza de que iba a estar junto a su familia aun después de la muerte, siendo su recompensa por su arduo trabajo.

Todos tenemos algo por qué luchar, creer y soñar, no nos atemos a la idea de la imposibilidad, el mundo es nuestro y podemos moldearlo para ser felices, solo hace falta amor, dedicación, pasión, ganas insaciables de lograr lo que queremos. El anciano nos enseñó que no existe sueño alguno que no podamos lograr y que a pesar de las circunstancias nos podemos dar la oportunidad de soñar y de logara lo que queremos; ser dueños de nuestro propios sueños y no esperar a estar sumergidos en el dolor y la tristeza para hacerlo, y así, no llegar al extremo de hacer uso de “el alquiler de sueños”.



El misterio de Pénjamo



Domenica Anai Cuvi Guerra

(Ateneo Juan Eudes)

Hace mucho tiempo, en un pueblo muy lejano llamado Pénjamo pasaban cosas misteriosas. A las 10:00 pm de todos los días desaparecían los adultos mayores por motivo desconocido; en ese pequeño pueblo ya solo vivían padres y niños.

Mercedes, que es la madre de David, quería proteger a su madre y para ello construyó una habitación secreta donde esconderla de esa amenaza que atormentaba al pueblo. Pero David, que era un niño muy travieso y curioso, esa noche estuvo muy callado en su escondite y por un orificio pudo observar lo que pasaba afuera.

Pudo ver un virus que acechaba con desaparecer a todos los ancianitos y, junto a ellos, observó unas jaulas donde estaban algunos adultos mayores.

Al día siguiente a las 4:00 am, David salió de su escondite y dejó una carta a su madre en la que decía que había podido escuchar al virus y que la única manera de salvar a los ancianitos era que un niño del pueblo se arriesgara a entrar al bosque.

David estuvo muy nervioso de entrar al bosque y después de varias horas de caminar por fin encontró a alguien, se trataba de un conejo con cara de gato llamado Scapy, al mismo tiempo encontró otro personaje de igual forma -mágica-, era una ardilla que volaba llamada Tiki.

De pronto el cielo se cubrió de estrellas, empezó a volverse de noche y David se llevó un susto muy feo porque el viento comenzó a soplar muy fuerte; el cielo se cubrió con nubarrones grises y no se alcanzaba a ver nada en el valle de prados verdes donde se encontraba. Él sintió mucho miedo ya que pradera colorida se estaba tornando de un gris casi negro, pero de pronto se iluminó un camino de un color azul cielo muy brillante, se trataba de un camino ancho y muy largo al que no se le podía ver el final.

—¿Qué será esto? —preguntó Scapy.

–No lo sé, pero parece que tenemos que seguirlo –
contestó David.

Los tres fueron caminando por el extenso camino, David empezó a contarle a sus nuevos amigos sobre su vida en Pénjamo; les contó que él vivía con su madre y su abuelita, a quien su madre ocultaba en un sótano porque tenía miedo de que se la llevaran. Después de aproximadamente media hora de caminata encontraron una pequeña cabaña destartada, sus paredes estaban llenas de moho y el techo estaba medio caído. Sin saber si estaba habitada, tocaron la puerta, no tan fuerte, pero el golpe fue suficiente para tumbarla; del estruendo se levantó un viejo gritando con alaridos:

–¡Que hicieron con mi casa, bárbaros!

David y sus amigos le pidieron perdón al viejo y este les pregunta:

–¿Quiénes son ustedes?

–Mucho gusto señor. Me llamo David y ellos son Scapy y Tiki.

–¿Y qué hacen en mi propiedad?

–Estamos buscando respuestas ya que en nuestro pueblo se están llevando a los ancianitos y no los volvemos a ver –respondió apresurado David.

–Ah, entonces tu eres el niño que viene a salvar a todos los ancianos del pueblo.

–Así es.

–Está bien niño, ¡pasa!

Aquel viejo era el mago Merlín, el que sabía el misterio de Pénjamo y quien podía ayudar a salvar a todos los ancianos desaparecidos. David y el mago Merlín entraron a una habitación para poder hablar a solas. Merlín empezó este relato:

Hace dos años, en una noche de invierno, una vieja mendiga llegó al pueblo; como hacía tanto frío tocó a la puerta del castillo del Rey y le pidió refugio por esa noche, pero el Rey vio sus aspecto con desdén y le dijo: “Vete, no molestes, mis padre y yo estamos descansando”. La mendiga retomó entonces su forma verdadera, que era la de una bruja y, para castigar al rey, echó un encantamiento al pueblo que consistía en que todas las noches a las 10:00 pm todos los ancianos iban a desaparecer. Pero antes de marcharse la bruja, dijo que el único que podría salvar al pueblo, sería un niño valiente; un niño que pudiera ingresar al bosque y que llegara hasta la casa del mago Merlín. Y

que una vez allí, el mago le entregaría una vacuna para proteger de este horrible virus a todos los ancianitos.

Después del relato, David y sus amigos regresaron al pueblo donde encontraron a todos los ancianitos junto a sus hijos y nietos. Mercedes corrió donde estaba su hijo para llenarlo de mucho besos.



Sueños sempiternos



Sara Isabel Meza Guzmán

(I.E Rosedal)

Mientras escuchaba murmullos tras de mí, mi cabeza reposaba en una de las mesas vacías, estaba fría, muy fría. Pocos sueños se vuelven realidad, pero la realidad de convertirme en doctora no dejaba de circular por mi mente. ¿Me estoy volviendo loca? Con o sin horas de estudio sabía que la medicina no iba a cursar bien y quizá por eso ahora mismo estoy tirada en una mesa con mis ojos cerrados pensando en si me equivoqué de carrera.

–¡Abigaíl! –Una mano posó en mi hombro. Ya no sé si estoy soñando despierta o percibiendo la realidad dormida– ¡Abigaíl!

–¿Ah? –susurré.

Contesté a quien sea que me estaba hablando, una voz grave que podría jurar que se escuchaba como la de mi compañero de cuarto, Naím.

–Abigaíl, se nos hace tarde –susurró.

Demoré algunos segundos sin contestar con la esperanza de que fuera un sueño y no tuviera que abrir mis ojos.

–¡Abigaíl! –todo el grito retumbó en mis oídos.

–¡Ay! ¿qué? –Me levanté de mi asiento aturdida por tal sonido–. ¿Por qué no me dejas dormir?

Miré justo en frente de mí y me encontré con Naím, sabía que no podía fallar. Sus ojos estaban igual de cansados que los míos... era de esperarse; los dos estuvimos hasta altas horas de la noche despiertos haciendo guardia en el hospital.

–¿Qué tal el paciente de la habitación 203? –sonrió mientras daba un sorbo a su café.

–Un asco, –rodé mis ojos– estuvo toda la noche diciendo que tenía dolor en su pecho, revisé su

saturación y estaba bien, le hice radiografía de tórax y también estaba bien.

–¿Entonces? –Su risa empezaba a traspasar sus palabras, y casi sin dejarlo terminar de hablar.

–¿Entonces qué? –Lo fulminé con la mirada– Aquí tenemos el típico caso de nada más y nada menos que...

–¡Hipocondriaco! –hablamos al unísono.

Naím es mi amigo desde que empezó la carrera, siempre hicimos todo juntos desde entonces: actividades en grupo, ensayos, colaboraciones, y ahora, ahora somos...

–Practicantes, salgan ahora mismo que vinieron sus facultativos –dijo Amelia entreabriendo la puerta para luego irse.

Amelia es la secretaria que regía y coordinaba lo que veía más o menos fuera de control, tenía mal carácter, muy mala hacia mí; además se rumoreaba que había terminado su relación con uno de los facultativos y que eso no la había dejado para nada de buen humor durante los últimos meses.

–No iré. –Me senté otra vez resignada a mi asiento.

–Anda, vamos ya. –Naím tomó mi brazo.

–No quiero ir, ya estoy cansada de esto.

–Cuento a tres.

–Bien, está bien. –Rodé mis ojos.

Salí directo a la sala de urgencias como de costumbre y nos encontramos directamente con nuestro jefe de área, Alan.

–¿Están listos para otro día sin poder dormir? –Su sonrisa amarillenta por el café se notaba entre sus labios.

–No creo estar lista para otro día más, mis ojeras ocultan un dolor, doctor Alan. –Suspiré.

No estaba mintiendo, mis ojos por sí solos demostraban lo cansada que ya estaba.

–Vamos Abigail, ¡Qué!, ¿acaso eso no hacen los practicantes? –soltó una pequeña risa– además, luces muy bien con tu bata.

–No es alg... –fui interrumpida por un grito desesperante desde la entrada de urgencias.

Mi día iniciaba otra vez con lo mismo.

–¡Alguien que me ayude rápido! –Entró una mujer con su bebé en brazos.

Al instante reaccioné y me acerqué para ver qué es lo que ocurría. Tenía su rostro morado y casi no podía ver si su pecho subía y bajaba al respirar.

–¡Ayúdeme rápido por favor! –gritó desesperada.

–¿Qué le pasó? –habló el doctor Alan.

–¡Estaba dormido y de repente su rostro tornó morado, no lo sé!

Mientras miraba los signos vitales en el bebé que ya posaba en la camilla, lo único que por mi mente pasaba era “Ya no respira”.

–¡RCP ya! –grité.

Todo nuestro equipo corrió directo al lugar de reanimación dejando a la madre del bebé fuera. Subí a la camilla y mientras esta avanzaba, yo seguía intentando salvar la vida del bebé con nada más que dos de mis dedos. ¡Vamos Abigail, tú puedes hacerlo, es una vida pequeña, no lo dejes ir!

–¿Saturación? –preguntó Alan a mi lado.

–75 y bajando –dijo una enfermera.

–¿Obstrucción en la garganta? –Me miró esperando alguna respuesta de mi parte, pero no respondía, toda mi concentración se centraba en la reanimación que no estaba teniendo para nada buen resultado–
¿Señorita Abigaíl?

–Compresión de 2 pulgadas actual –respondí.

–Estoy hablando de obstruc...

–No hay obstrucción de objetos, pero sí de vías respiratorias–interrumpió Naím, intentando salvarme.

–Señorita Abigaíl, por favor salga de aquí. –La voz de Alan pasó por todos mis oídos.

–¿Qué? ¿Y el beb...?

–Salga de aquí. –Bajé rápido de la camilla y miré una vez más para luego irme.

Estos errores me costarían muy caros. Justo al salir la madre del bebé corrió a mí y con un silencio desesperante esperaba que hablara o dijera algo. Aún atónita por lo que recién pasó, de mi boca no salía ni una sola palabra.

–¿Y mi hijo? –Las lágrimas en sus ojos ya hacían presencia sobre ella hasta rodar por su mejilla.

–Los doctores están intentando hacer todo lo posible
–dudé en responderle.

–Primero su fiebre en la noche y ahora esto.

La mujer llevó una mano a su cabeza y yo me sentía “shockeada”, al punto de no caer en cuenta de lo que estaba diciéndome.

–T-tengo que irme, mil disculpas.

La hice a un lado y me dirigí a la sala de descanso, quizás solo estaba un poco agobiada porque la noche

anterior no había dormido del todo bien. ¿Cómo pude haberme equivocado de esa manera? Mi teléfono sonó sacándome del profundo silencio y trance en el que había caído.

–¿Hola? –contesté.

–Abigaíl... ¿cómo estás?

–Hola papá, algo cansada pero bien, –bostecé– ¿Y tú cómo te encuentras?

–Adolorido... mi espalda duele muchísimo, –suspiró– además anoche no dormí del todo bien, tenía alta la temperatura.

–Papá, ya conozco tu truco, –bufé– no puedo ir a verte ni quedarme contigo, estoy trabajando intensamente estos días.

–Está bien, quizás yo exageré un poco el dolor de espalda... pero anoche sí tuve fiebr...

–Papá, ¡basta! Te conozco lo suficiente como para saber que cada vez que quieres que vaya contigo siempre me dices que estás enfermo.

–No te estoy mintiendo, Abigaíl. Sí estuve algo mal anoche.

–Mira, tengo que irme... deberías pensar un poco en si quieres seguir mintiéndome para que vaya contigo.
–Corté la llamada– ¡Esto me volverá loca!

Salí de la sala de descanso y al subir mi vista estaban alrededor de 10 personas abrumadas en la sala de espera.

–¿Qué es todo esto? –miré a una de las enfermeras.

–¡Ponte barbijo ya! –me señaló.

–¿Qué?

No cabe duda de que no pasará nada bueno.



Los beneficios de un hecho desafortunado



Dylan Alejandro Garzón Zapata

(Instituto Cooperativo Agroindustrial)

Había una vez un virus llamado COVID-19, este virus se desarrolló en diciembre del año 2019 en un lugar llamado Wuhan, China y en el 2020 se empezó a expandir por el mundo entero; durante su transcurso este virus se llevó muchas vidas. En los noticieros de todo el mundo empezaron a hablar de una emergencia sanitaria y todas las poblaciones, grupos y sociedades se empezaron a preocupar; se volvieron locos, vaciaron los supermercados, compraron todo el papel higiénico disponible, solo porque pensaban que eso les impediría contagiarse.

Existía un país llamado Polombia, ubicado en Suramérica, en este vivía una familia con apellido Conjunto; esta familia era muy optimista, tanto que pensaban que es llamado “coronavirus” nunca llegaría a este lugar. ¡Mientras que en el mundo se reportaban muchos contagiados y muertos, ellos vivían su día a día muy normal! Esta familia estaba compuesta por el padre, la madre, su hija e hijo; los padres trabajaban duro por ser una familia estable, la hija estaba juiciosa en la universidad y el hijo divirtiéndose con sus amigas y amigos del colegio.

Llegó el mes de marzo y se confirmó el primer caso de coronavirus en Bogotá-Polombia. La mayoría de personas se volvió loca, pero la familia Conjunto seguían haciendo su rutina diaria. Pasaron 15 días y el gobierno de Polombia, puso en cuarentena general a toda Polombia. Todos se preocuparon y decían: “¡No! ¿Pero yo que voy a hacer sin trabajar?, ¿cómo mantengo a mi familia?”. Todo el mundo se preocupó por lo económico, el arriendo, el mercado, el pago del colegio o la universidad, entre otras cosas; y la familia Conjunto la única opción que tenía era acatar la orden del gobierno, porque si no lo hacían a todas las personas que vieran en las calles las multaba la policía.

A la hija de la familia Conjunto, llamada Bú, la “U” le dio unas vacaciones, y al hijo, Ed, el colegio le dio vacaciones también, y por un mes. La familia aprovechó ese tiempo de cuarentena obligatoria o “vacaciones” para hacer ejercicio físico y pasar más tiempo en familia, pero todo eso sucedió en las dos primeras semanas porque después el ambiente se puso tenso, lleno de estrés y discusiones, todo porque ya estaban cansados del encierro. Pasaron otras dos semanas y, como el tiempo de cuarentena obligatoria ya había terminado, los padres cabeza de familia tuvieron que salir a trabajar a pesar de la emergencia sanitaria. Por su parte el ministerio de educación dijo: “No hay más educación presencial”; en consecuencia todos los niños y adolescentes conocieron a los demonios llamados Classroom, Meet, Zoom y Teams. Todos estos demonios hacían parte de una banda muy peligrosa llamada “*La educación virtual*”.

Pasó un año, estaban en el 2021 y la emergencia sanitaria todavía existía, solo que todos los países ya estaban creando una vacuna contra el COVID-19. Durante el tiempo transcurrido la familia Conjunto fue un poco disfuncional, cada uno estaba concentrando en lo suyo. Un día Ed se cansó del ambiente en el que vivía, y grito: “Todos vengan a la sala, ¡ahora!” y, todos fueron corriendo a la sala, hasta el gato llamado Sech.

Ed les explicó el motivo del grito, y les pidió hablar y que se expresaran con serenidad sobre lo que estaba pasando; todos hablaron y cuadraron sus indiferencias y problemas. Desde ese momento empezaron a ser una familia más unida, mas no perfecta; tenían más comunicación y confianza los unos con los otros, los papás ya no discutían tan frecuentemente. Ahora sí podían disfrutar de un domingo de pereza y si se creaba algún problema lo resolvían de inmediato, todo porque ya habían entendido que, con pelear, no resolverían nada, sino que se ahogarían ellos mismos en ese vaso de agua.

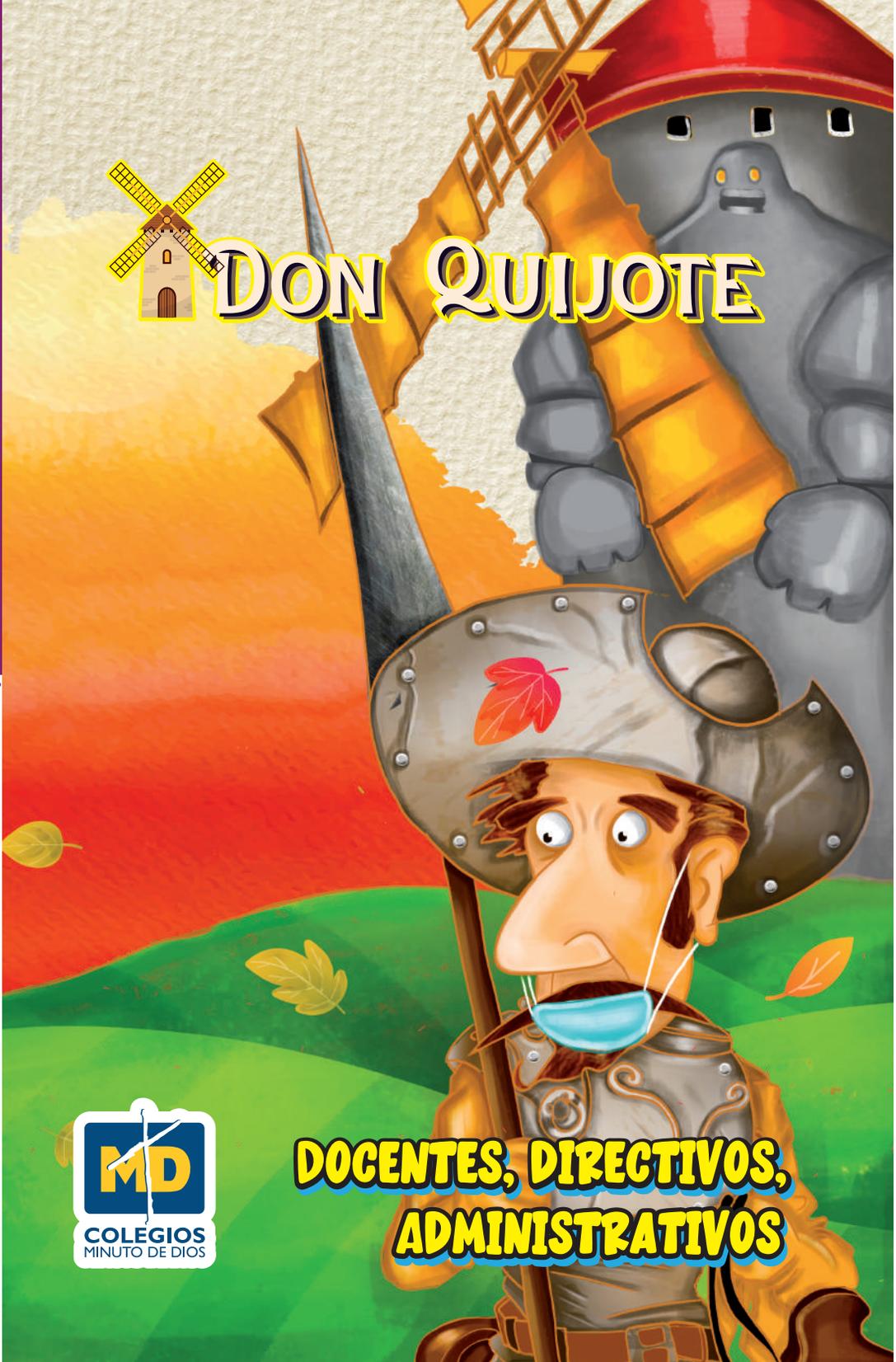
Ed y Bú estaban a seis meses de graduarse, Ed del colegio y Bú sería una profesional en su carrera. Pero Ed empezó a ser una persona antipática porque estaba cansado de la virtualidad y quería ver a sus amigos; eso lo empezó a afectar psicológicamente. También estaba muy estresado y asustado por la prueba de estado que tenía que presentar en tan solo un mes; él pensaba que, si le iba mal en esa prueba, no sería nadie en la vida. Bú al ver como estaba su hermano, habló con él, lo ayudó y guio por el buen camino. Después de esa conversacion, Ed mejoró su actitud y ahora se ayudaban mutuamente con su hermana para poder vivir en un ambiente sano y lleno de paz.

Pasaron los seis meses y todo iba muy bien, Bú y Ed ya se habían graduado, él entró a la universidad y ella empezó a trabajar en una empresa exitosa y, como era de esperarse, la familia Conjunto les realizó una fiesta sorpresa con las personas más cercanas, debido a que todavía estaba el maldi#S COVID-19. Pasaron una buena tarde en familia y al final el padre Raúl y la madre Fénix, dieron un discurso muy bonito, en el que decían que de cierta forma estaban agradecidos de que el Covid existiera, ya que eso les había permitido conocer mejor a sus hijos. ¡Y vivieron felices por siempre!





DON QUIJOTE



**DOCENTES, DIRECTIVOS,
ADMINISTRATIVOS**

La ciudad de Mavinella



Sandra Marcela Meza Montalvo

(F.E.I.E Barbacoas)

Cuenta la historia que hace muchos años existió Divertyhouse, una pequeña ciudad al sur del continente latinoamericano donde sus habitantes eran personas muy sencillas, alegres, soñadoras y apasionadas por disfrutar de cada día. Vivían muy felices, estaban llenos de optimismo y, de la mano de sus líderes, tenían la mejor ciudad jamás soñada.

Lo emocionante de esta ciudad era que sus gobernantes eran dos intrépidas chiquillas, quienes heredaron el poder de ser las únicas niñas en todo Divertyhouse. Ellas decretaban muy seguido tener días de familia

en su comunidad; salir a parques, correr con las olas, disfrutar deliciosos platos en restaurantes que, a su vez, tenían juegos, visitar centros comerciales, ir al cine y viajar para conocer nuevos lugares. Esto hacía de Divertyhouse un mundo mágico para todos, puesto que allí se compartía en familia y se disfrutaba de todo lo que brindaba este hermoso lugar.

Lo que ellas no esperaban en su encantadora ciudad era la llegada del kosso, el monstruo desconocido que atacó de manera imprevista a Divertywuhan, llevando a sus habitantes a poner en pausa sus vidas. Ahora nadie podía salir de sus casas y si lo hacían era con un disfraz, el cual el kosso no podía detectar; si no lo usaban podría costarles la vida.

Las intrépidas niñas no podían ocultar y tampoco controlar los efectos negativos del Kosso en su ciudad; por primera vez sentían tristeza... no sabían cómo enfrentarlo, ya sus mandatos no eran tenidos en cuenta, no entendían por qué tanto descontento y su liderazgo caía como la flor de cañahuate. El miedo, el enojo, el caos se apoderó de Divertyhouse, ya nada era igual. Se nombraron nuevos gobernantes, los cuales comenzaron a imponer su voluntad, pero se les olvidó lo más importante: la esencia de su amor.

El ambiente se enrareció, todo fue gris, se cambiaron risas por gritos, acuerdos por órdenes; nada mejoraba, todo se veía peor. En aquel hermoso lugar se posó por un tiempo una gran nube negra, llevándose consigo toda la esperanza y optimismo de sus habitantes.

Pero un día Mavi, la mayor de las intrépidas chiquillas, quiso hacer algo para devolver a su mundo mágico los colores. Por eso ideó, un mundo paralelo, para el que era necesario contar la ayuda de su hermana, la chiquilla Nella. En su nuevo plan tenían dos pócimas mágicas que esperaban pudieran devolverle a su antiguo Divertyhouse la paz y la tranquilidad para poder seguir soñando y ser felices. Sabían que debían recuperar el poder porque en ellas estaba la pureza e inocencia que devolvería todo lo que un día el kosso les había arrebatado.

Pasó algún tiempo y cada vez sus pócimas tomaban mayor poder, ya se sentía el rechinar de las camas con sus saltos y risas descontroladas en su guerra de almohadas. Los nuevos gobernantes ya no gritaban tanto, no se les veía tan afanados y en ocasiones sonreían. Esa fue una buena señal para que Mavi y Nella entendieran que tenían que seguir usando las pócimas con más poder, ese que solo salía de lo más profundo de su corazón.

También comenzaron a verse en Divertyhouse, mundos fantásticos contruidos con todas las sábanas de los gobernantes, recetas exquisitas con los más hermosos y coloridos juguetes plásticos; asimismo se empezaron a mover los cuerpos hasta con los sonidos de la cocina, las harinas eran perfectas para jornadas de estimulación, y las paredes dejaron de ser blancas para convertirse en testigos de las obras de arte más hermosas de esta nueva realidad.

Cada cosa en la ciudad tomó un papel particular, ya las escobas se podían convertir en bellos caballos para cabalgar y viajar a lugares muy lejanos, cada tasa podía ser un lago encantado y hasta las sillas del comedor se convertían mágicamente en grandes edificios o tarimas cómplices de composiciones alocadas. Se comenzó a reorganizar la ciudad, aunque los efectos del kosso seguían siendo muy fuertes y dolorosos; cada día se expandía con mayor poder este monstruo y parecía que no partiría pronto. La vida que seguir, pero de una manera diferente. Cada espacio de la nueva realidad tomó sentido y así fue como los nuevos gobernantes comenzaron a entender que las ideas de las chiquillas podrían ser muy útiles y, sin darse cuenta, comenzaron a incorporar algunas de ellas.

Y así estas intrépidas chiquillas recuperaron su liderazgo y ahora sus pócimas mágicas: la imaginación

y la creatividad, sin saberlo serían el arma más poderosa para combatir los efectos negativos del Kosso. Su mundo volvió a ser mágico, pero también diverso y encantado; y cuando ciudades cercanas supieron de estas pócimas, comenzaron a fabricarlas, pero solo los niños lograban hallar la fórmula.

Desde entonces Divertyhouse no solo utilizó las pócimas de la imaginación y la creatividad, sino que también incorporó el respeto, la confianza, la buena comunicación y ante todo entendieron el valor de las emociones y que cada una es un motor que te lleva a vivir bien, pero también aprendieron a equilibrar la razón y el corazón.

Y como diría Mavi: “mucho brillo y mucha felicidad la familia en Divertyhouse junta está”.



El virus: una lección inesperada de vida

*“A los docentes, héroes sin capa,
pero con computador y wifi”*



Lina María Castañeda Cisneros

(Corporación Educativa Minuto de Dios)

Las verdes montañas de la zona cafetera envuelven en sus prados un hermoso pueblito; un lugar mágico lleno de color, aroma a pasto recién cortado y café de la mañana, donde los niños irradian felicidad y han crecido entre los negocios locales, los “tinteaderos”, el parque central y la Escuela Santa Rosa.

Cuando el sol apenas salía en el pueblo, el alcalde convocó a sus habitantes para informarles que otra cepa del coronavirus estaba llegando al país y que,

nuevamente, se tomarían medidas de protección. De manera inmediata, el pueblo se impregnó de un movimiento inusual y sus habitantes empezaron a retomar los protocolos de bioseguridad ya conocidos. Los niños fueron a la escuela y, al llegar, ya los esperaba su profesora Martina.

–¡El año 2020 fue un año muy especial! –Así empezó Martina la conversación con sus estudiantes de tercero. Apoyándose en su escritorio, continuó:

–Y fue especial, no solo porque ustedes alegraron a sus familias, sino porque fue particular para el mundo: ustedes nacieron en medio de la aparición de un virus muy contagioso y letal que hizo que muy pronto las autoridades médicas mundiales lo declararan una pandemia.

–¿Qué es una pandemia? –preguntó Alex, interrumpiendo a su maestra.

–Imagina que tienes gripe y es tan fuerte que llega hasta el rincón más lejano de la tierra contagiando a millones de personas. Eso es una pandemia, una situación donde una enfermedad se extiende por muchos países y ataca a las personas.

Un largo silencio detuvo la conversación; la preocupación se reflejaba en la cara de los inocentes niños. Martina continuó:

–Este virus hizo que todos nos tuviéramos que proteger en nuestras casas, que los niños no fueran al colegio ni los grandes a sus trabajos y que la vida se alterara por completo.

–Profe, o sea que... ¿durante todo ese año los niños no venían a la escuela?, ¿cómo estudiaban?, ¿tuvieron vacaciones de un año? –preguntó Camila un poco sorprendida.

–¿Vacaciones de un año? ¡Qué delicia! –dijo Alejandro sonriendo.

–Los niños no asistían al colegio, pero sí estudiaban... los profes tuvimos que crear muchas formas para seguir enseñándoles a ustedes, a pesar de la distancia. Aquí, utilizamos la emisora del pueblo, íbamos a las casas de los estudiantes o ellos asistían al centro comunitario para recibir tutorías. Nos llegaron algunos recursos de la capital para estar conectados con ustedes todo el tiempo y, aunque hubo dificultades, mayores fueron las cosas positivas. Y no fueron vacaciones de un año... es más, creo que fue el tiempo donde todos (papás, maestros, autoridades, médicos, enfermeras) trabajamos más y bajo condiciones a las que nos tuvimos que acomodar. –La respuesta de Martina tenía un tinte de nostalgia.

–¡Wow!... debió ser muy raro vivir todo eso que nos cuentas profe... –comentó Daniela a todos sus compañeros del salón.

–Sí, fue raro. Y además de raro, muy difícil (no lo puedo negar). Tuvimos que adaptarnos, aprender cosas nuevas y ver la vida de una manera diferente – afirmó la profe con voz quebrada por la emoción.

–Jajajaja, pero entonces nosotros.... ¡somos especiales y únicos! –dijo Ernesto.

–¡Claro! siempre lo han sido. Pero ¿por qué dices eso, Ernesto? –le preguntó Martina.

–Pues porque, según lo que nos estás contando, fue una época de mucho miedo y de no saber qué pasaría... y... ¡nosotros nacimos, llegamos y nos quedamos en Santa Rosa y con nuestras familias! –dijo Ernesto con cierto aire de orgullo y risa picara.

–Tienes toda la razón Ernesto. Definitivamente ustedes fueron luz en un momento fuerte para todos. Ustedes saben que vivimos en un pueblo pequeño y todo se sabe, y las noticias de los nacimientos nos llenó de esperanza, ilusión y mucha alegría; en medio de la incertidumbre y el aislamiento, nuevas vidas -las de ustedes- crecían dentro del vientre de sus mamás y eso hizo que nos diéramos cuenta de cómo la vida se abre camino en medio de situaciones difíciles. Ustedes

vienen a este mundo a cosas grandes y, sobre todo, a devolver la esperanza y la ilusión a las personas que están a su alrededor –concluyó Martina.

–¿Quieren que les cuente un secreto, niños? –pregunto Martina susurrando.

–Siiiiiiiiiiii –respondieron todos.

–Muchas veces pensé en renunciar y no seguir siendo “la profe” de Santa Rosa. Hubo momentos en que me sentía triste, con mucho trabajo y poco reconocimiento. Algunos papás no me entendían, me criticaban; me sentía insegura y débil. Decidí hablar con la rectora, y le comenté mis miedos. –La maestra continuó:

–Ella me preguntó: “¿por qué quisiste ser maestra?” Y yo le respondí: “porque me encanta trabajar con niños, enseñarles, que ellos me enseñen y crecer con ellos; me hace feliz ser maestra. –A continuación, la maestra agregó:

–Y la rectora me dijo: “Ahí tienes la respuesta: la vida no es fácil, tiene momentos difíciles... yo no puedo quitarte los obstáculos que te pone la vida, pero si miras en tu interior y tienes presente la razón de haber escogido esta vocación, sacarás la fuerza que necesitas para superar estos obstáculos y seguir adelante”.

Y con estas palabras, aprendí que siempre que hay dudas, debemos mirar nuestro interior y volver a lo esencial. Estas palabras me enseñaron a darme tiempo, a aprender de lo que me ocurre, ver lo positivo en los demás, pedir ayuda cuando lo necesite, reconocer que no todo lo sé y que debo seguir aprendiendo. Y a eso los invito: si debemos vivir nuevamente una situación como esta, aprovechemos cada segundo con las personas que amamos; los lujos son secundarios mientras disfrutemos juntos en familia. Debemos creer en nosotros mismos como lo hacemos con los demás, ser siempre honestos y amorosos con nosotros y con quienes nos rodean, vivir un día a la vez y con nuestro sello personal.

Después de escuchar a su profe, todos sus estudiantes la rodearon y le agradecieron por no renunciar y por estar en sus vidas. Para sus estudiantes, Martina es ejemplo de resiliencia, fuerza y convicción; de amor propio y amor por los demás que se ve reflejado en el compromiso con sus estudiantes.



Polifonías de la pandemia



Jimmy Fabián Pinto García

(Liceo Mayor de Soacha)

A mis 35 años era mucho más que un manojo de proyectos e ilusiones cimentados en la maravillosa vida que el acontecer obsequiaba. Recorría distintas sendas, ávido de todo lo que significaba un torrente de adrenalina. Algo ocurrió en mi cabeza que hizo que empezara a experimentar cómo se va deshojando el idilio que se adhiere a los recuerdos. Me sentía un frondoso y robusto árbol porque a cada momento fue brotando de las ramas una tierna hoja que se hizo savia; vida que fue creciendo y detuvo su marcha en la penumbra del olvido, el lugar del no recuerdo.

Mi primer beso con Andrea, el paso travieso por el colegio y la universidad, el arrebatado de la juventud que me llevó a conocer las advenedizas aristas del quererlo todo y pretender alcanzarlo por el hecho de anhelarlo. Frenesí que enmarañó el camino ante las circunstancias del ahora y el presente.

Nadie dijo algo distinto: “Todos a casa...”. Se escaparon de las manos los momentos, los saludos fraternos y cercanos, los encuentros y celebraciones, la vida con el otro. Este fue el adelanto de un encierro definitivo, fue un abrupto nacimiento a la soledad, al desasosiego que se experimenta cuando todo y todos se preguntan, pero nada ni nadie encuentra respuesta.

Hoy las paredes contemplan en silencio los objetos, interpelan el mutismo pálido que fustiga cada vez que se enciende la luz del día. Aquí estoy, no sé cómo pasó. La veo a ella, dice ser ella porque no vive en mi memoria, me acaricia con su lozanía y belleza... sé que me habla porque mueve sus labios, abre sus ojos y busca la senda en el laberinto de mi interior tratando de encontrarse con el recuerdo de su hermano.

Empieza de nuevo. En la UCI aterrizan estrepitosos ruidos, el camino que sigue el segundero es lánguido con sabor a vacío y soledad. El olor de los instrumentos y máquinas ahoga en el aire la esperanza. Atrapado en

el exiguo diámetro de los tubos y tanques de oxígeno pienso en el instante que me sometió a esta larga y desigual batalla. Ya soy otro que depende del rápido fluir del aire ante el imparable avance del virus.

“Tranquilo, es solo una pequeña reunión...” Esas fueron las palabras, las últimas que tallaron un eco doloroso la noche en que todo detuvo su marcha. Creo que bebimos hasta el cansancio, departimos como si la noticia del advenimiento de lo escatológico fuera una certeza cultivada en la historia. Nos imaginamos y creímos el cuento que tiene múltiples finales y no tuvimos tiempo de advertir que solo uno era el nuestro.

¡No puede pasar señora...! Esa fue la sentencia que recibí junto con la condena: verlo a través del vidrio que separa los vivos de quienes van camino al suplicio. El tiempo se hizo delgados y puntiagudos segundos que no aguardaron al escuchar el llanto y el lamento. Era mi esposo quien se despedía con los ojos ahogados en la desesperación.

La espera de una llamada pasó a ser una ilusión fugaz en la aridez del horizonte. Transcurrieron catorce días de ir y venir, de oración en oración, de alentadoras preguntas a lacónicas respuestas y prolongados

silencios que conducían al padrenuestro: “...Hágase Señor tu voluntad...”.

Con ansiedad y delirio extenuante veo que viene todos los días, es persistente en sus palabras y ha logrado empezar a descongelar un iceberg de luces y sombras que siempre ha respirado ahí; en mi interior profundas marcas tratan de moverse bajo los escombros de lo que quedó tras un colapso sanguíneo. Trae fotos, imágenes que robo y guardo en el desbarajuste mental que me abruma. ¡Claro!, ahí estamos, estoy viviendo, sonriendo, sintiendo el presente. Sigo siendo... esto es realmente emocionante.

El camino de retorno fue siempre hacia adelante, bastó el encuentro con sus manos olorosas que me enseñaron los sabores y fragancias; experimenté, con todo el arsenal de nervios, el estrecho contacto de sus labios que me besan en la frente y dicen mi nombre. Escuchar hoy sus palabras es sentir que me devuelve las piezas del rompecabezas de la memoria y me permite ver el hilo para salir del laberinto y tejer con él un nuevo presente.

Como era de esperarse, el desenlace fue nefasto y tormentoso. El virus no dio tregua y se propagó ahogando el deseo de no haber estado en esa “pequeña reunión”, tal vez un simple, pero mortal encuentro.

El anhelo de la llamada pronto se hizo despreciable y famélico. Llovió toda la noche, las estrellas se instalaron en el firmamento impidiendo el amanecer. Obligado a salir, el sol dejó al descubierto el drama y el punzante dolor de la realidad. “Su esposo hace parte de los 63.000 muertos por causa del virus...”

Hice una sola pregunta y ello detonó un incontenible llanto que no ha cesado desde entonces. ¿Por qué...? Temblorosa, atormentada por la incertidumbre tuve que escuchar al verdugo leer el edicto que destruyó mi corazón: “Su cuerpo debe ser cremado, recibirá las cenizas en tres semanas...”. Se clausuró el cuarto en que estaba encendida la llama de la vida y se olvidó el lugar exacto en que se depositó la llave.

Mi patíbulo está adornado con flores negras adheridas a lo que pudo haber sido y no fue. Nadie lloró la partida, no hubo una larga lista de asistentes al espectáculo funerario. No hubo flores que acompañaran este triste éxodo. El sollozo se ahogó en las pantallas móviles, el duelo se hizo colectivo en las redes. La cuarentena eliminó el llanto compartido, la pena sentida con el otro.

Esta es la historia de una vida que se despide en medio de la pandemia cuyo capítulo finalizó tras una puerta fúnebre, al otro lado de la reja del cementerio mientras ingresaba un tétrico vehículo con una cinta

que decía su nombre. Petrificada, contemplo el último movimiento en el tablero de ajedrez porque su cuerpo fue cremado y un humo gris esbozó en el firmamento: “Jaque mate”. Su partida había terminado.



Chite chanda: un amigo incondicional



Jesús Arcenio Vargas Quintero
(*Gimnasio Moderno Santa Bárbara*)

Soy Sultán. Por mucho tiempo fui un perro callejero en este pequeño pueblo. De hecho, no sabía que me llamaba Sultán sino hasta que fui adoptado por el viejo Manuel. Antes, pensaba que me llamaba chite, chanda o simplemente perro. Así me decía la gente en la calle para arrojarme sobras de comida o para expulsarme de algún lugar cuando no les gustaba mi presencia. Muchos me dicen perro viejo y flaco. En cambio, yo creo que soy maduro y atlético. La edad verdadera solamente la refleja el alma.

Mi amigo, el viejo Manuel, es un hombre mayor, muy inteligente, pero solitario. Desde joven perdió la vista

en un accidente. Cuando lo vi por primera vez, sentí pena por aquel hombre que solo lo acompañaba un bastón blanco. Pero de regreso a su casa, muchas veces era asaltado por la pandilla del gato maluco, que se aprovechaban del ciego para robarlo. La pandilla obedecía sin reparo a su líder, cuyo aspecto era tan oscuro como sus intenciones.

Al comienzo, el viejo Manuel no se percataba de la silenciosa compañía que tenía de regreso, pero yo me aseguraba de que ingresara sano y salvo a su casa. Siempre esperaba unas horas acostado en la puerta de entrada, hasta que el hambre me obligaba a volver a la panadería de la esquina a esperar quién me arrojara algo para comer.

El primer encuentro de amigos se dio cuando la dueña de la panadería le dijo al viejo Manuel que le empacaba un pan de más para su perro. Desde ese día el anciano supo que tenía un ángel guardián de cuatro patas. Me abrió las puertas de su casa y me convirtió en su único amigo. Me compartió su comida, su techo, sus penas, sus alegrías y hasta me compró un bozal igualito al que tenía el perro guardián del banco. Yo siempre había querido uno así. La verdad nos necesitamos mutuamente.

Me convertí en su lazarillo inseparable, para envidia del gato maluco y su pandilla que siempre nos abucheaban con sus estridentes maullidos. Cuando cruzábamos la calle me advertían con gritos de amenazas:

–¡Algún día tendrás que salir solo y estarás perdido!

Una noche después de cenar, como siempre lo hacíamos, nos sentamos en el sofá de la sala a escuchar las noticias en la radio. Por la cara del viejo Manuel, me di cuenta de que algo malo pasaba. Durante todas las noticias repetían tres palabras nuevas para mí: confinamiento, coronavirus y COVID-19.

–¿Qué rayos era eso? –Al comienzo no tenía ni idea del significado. Solo hasta cuando las cosas cotidianas comenzaron a cambiar pude entenderlo.

Cada vez que el viejo Manuel iba a salir se tapaba la cara con un bozal parecido al que me había comprado. Ya no salíamos al parque donde yo correteaba palomas mientras él tomaba el sol. Solamente íbamos a la tienda, pero ya no ingresábamos como antes. Desde la puerta nos atendían. La gente debía conservar distancia. Las calles se volvieron solitarias. Las personas cambiaron sus gestos cuando se saludaban. Ya no había apretón de manos. La pandilla del gato maluco se adueñó de la calle. Ellos eran los únicos que merodeaban por allí.

De vez en cuando alguna persona con bozal cruzaba la calle.

Todo era monotonía hasta el día en que el viejo Manuel no pudo levantarse de la cama. La noche anterior no había podido dormir bien. Se despertó varias veces. Tosía mucho y cuando me le acerqué estaba muy caliente. El aspecto de su cara no era el mismo y no tuvo alientos para ir por su desayuno.

La radio estaba prendida y escuché que decían: “el coronavirus es un virus muy peligroso y altamente contagioso. Por lo tanto, las personas que presenten síntomas como tos seca, fiebre o dolor de cabeza deben acudir inmediatamente a los servicios médicos”.

¡Los mismos síntomas del viejo Manuel! -pensé-. No podía permitir que algo malo le sucediera. Debía correr por ayuda lo antes posible. Al abrir la puerta vi que la pandilla del gato maluco tomaba la siesta en mitad de la calle y me acordé de sus amenazas. Esperé un rato, pero no tenían la menor intención de moverse del lugar. El tiempo se agotaba, debía salir rápido por ayuda. Abrí la puerta con mucho sigilo y salí corriendo lo más veloz que pude, pero detrás de mí la pandilla me perseguía gritando:

-¡No podrás escapar esta vez, perro cobarde!

Intenté mirar hacia atrás para medir distancia, pero con tan mala suerte que tropecé con una piedra. El suelo me recibió con un fuerte golpe en la cara y en un segundo tenía sobre mí a toda la pandilla. Sin poder defenderme les grité:

–¡Suéltlenme! ¡Debo ir urgente por medicinas!

El gato maluco con tono burlesco me respondió:

–No me digas. ¿El viejo Sultán ya tiene que usar medicina... para todo?

Desesperado volví a gritarles que no eran para mí sino para el viejo Manuel. Sin querer entender, el gato maluco de nuevo me increpó:

–¿Dejaste caer al ciego?, ¡eres un desastre como lazarillo!

–No es lo que piensas –le repliqué agitado–, está hirviendo en fiebre y si no consigo medicinas pronto puede morir.

El gato Maluco sin mayor contemplación ordenó a su pandilla:

–¡Démosle su merecido!

Cerré mis ojos y esperé lo peor. Antes de lanzar el primer arañazo a mi cara, el felino se detuvo un

momento y como si quisiera concederme el último deseo me preguntó:

–¿Qué tiene el viejo Manuel?

Con voz resignada repetí lo que escuché en las noticias:

–COVID-19.

Muy sorprendido y, como si mi cuerpo le hubiese pasado electricidad, el gato maluco me soltó de golpe. Mientras corría calle arriba seguido por su pandilla, gritaba:

–¡Huyan! hay que buscar alcohol, ¡voy a morir!

Ese día, finalmente, pude conseguir ayuda. Afortunadamente al viejo Manuel solo le había dado una fuerte gripa. Como sabrán, para un perro como yo, la amistad es más fuerte que cualquier inconveniente.



La amenaza espacial: la lucha contra la tripulación corona



Janellys Paola Márquez Socarras

(I.E Rosedal)

En un planeta, muy lejos de la tierra habitaba un grupo de villanos denominado la “Tripulación Corona”; grupo que era temido en todo el espacio. Un día cualquiera, el comandante Virus encomendó a sus soldados la misión de atacar al planeta Tierra. Usando su voz de mando, llamó a todos los soldados a que se reunieran en el gran palacio de la corona, y les dijo:

–¡Atención soldados! Yo, el comandante Virus, ordeno que todos alisten sus *coronaespadas* y sus armaduras, y más les vale que sean las más fuertes, ya que tenemos la misión de atacar al ¡planeta Tierraaaaaa!

Durante todo el día, los soldados de la Tripulación Corona prepararon sus implementos para lo que sería la guerra: alimentos, espadas y armaduras para atacar con todas sus fuerzas. Mientras transcurría la preparación, dos soldados conversaban entre sí.

–¡Oye soldado Corona A! ¿Cuántas provisiones tendremos que llevar a la tierra?

–La verdad no tengo la menor idea soldado Corona B, pero, según la última señal que recibimos de ese planeta por parte del comandante, parece ser que el ejército humano no podrá resistir por mucho tiempo.

–¡Juajuajuajua! –Se burlaban los soldados con su risa más malvada.

Al día siguiente, muy temprano, sonaron las trompetas del gran palacio de la corona, lo que anunciaba la alocución del comandante Virus. Este dijo a sus camaradas:

–Soldados Corona: ataquemos a la Tierra con todo lo que tenemos, esta lucha inicia hoy. Espero podamos gobernar un planeta más. ¡Juajuajuajua! –Todos aplaudían y festejaban las palabras de su líder.

La tripulación salió cargada y con energía para llegar al planeta vecino, tal como había ordenado el comandante. El piloto activó la capa de invisibilidad y

programó el aterrizaje por la noche para tomar a los humanos por sorpresa. Los soldados Corona llegaron a su destino, cada tropa se ubicó en un lugar distinto del planeta, pues había que luchar con los terrícolas sin que ninguno pudiera escapar.

Siguiendo el plan, a la mañana siguiente, el ejército arremetió contra la humanidad y atacaron con todo su poderío. El panorama era confuso y preocupante, puesto que reinó el caos en el planeta; todas las noticias se referían a la invasión del ejército Corona, mientras el de los humanos no sabía qué hacer para defender a la población.

El ejército Corona empezó a exterminar a todos los humanos, atacó a niños, jóvenes, adultos y ancianos. Eran implacables, sus poderosas espadas causaban fiebre, pérdida del olfato, del gusto, falta de respiración y mucho malestar en el cuerpo. Algunos de los humanos atacados fueron muriendo, mientras otros solo podían verlos partir de esta tierra para siempre, impotentes y sin poder hacer nada. Con el pasar de los días el ejército Corona se fue expandiendo por todo el mundo. Al ver la situación que vivía la raza humana, el comandante de las fuerzas terrícolas, reunió a todos los científicos del mundo para encontrar una pronta solución a lo que fue llamado “LA GRAN PANDEMIA”.

Después de algún tiempo, se organizó una gran asamblea donde los científicos entregaron las armas para combatir al ejército corona, llamadas “Kit de bioseguridad”. Este contenía una armadura para proteger nariz y boca, se trataba del gran tapabocas, además de un frasco mágico que contenía una sustancia tóxica para los soldados Corona: “el gran alcohol al 70%”. Con la entrega del kit dieron recomendaciones generales para la población: el lavado de manos constante, el distanciamiento social y salir solo si es necesario.

Ahora, con las armas con las que podían defenderse los seres humanos, la batalla era más pareja. Los presidentes de cada país establecieron reglas que limitaban a los terrícolas al momento de realizar sus actividades cotidianas. Empezó a regir la ley “Pico y cédula”, en la que las personas solo podían salir algunos días a la semana de acuerdo con su número de identificación. Las escuelas cerraron, los niños y jóvenes recibían sus clases de manera virtual, algunos trabajos se desempeñaban desde casa, también se produjo el cierre de todos los lugares de diversión. Aquellas medidas fueron muy necesarias para luchar contra la amenaza espacial.

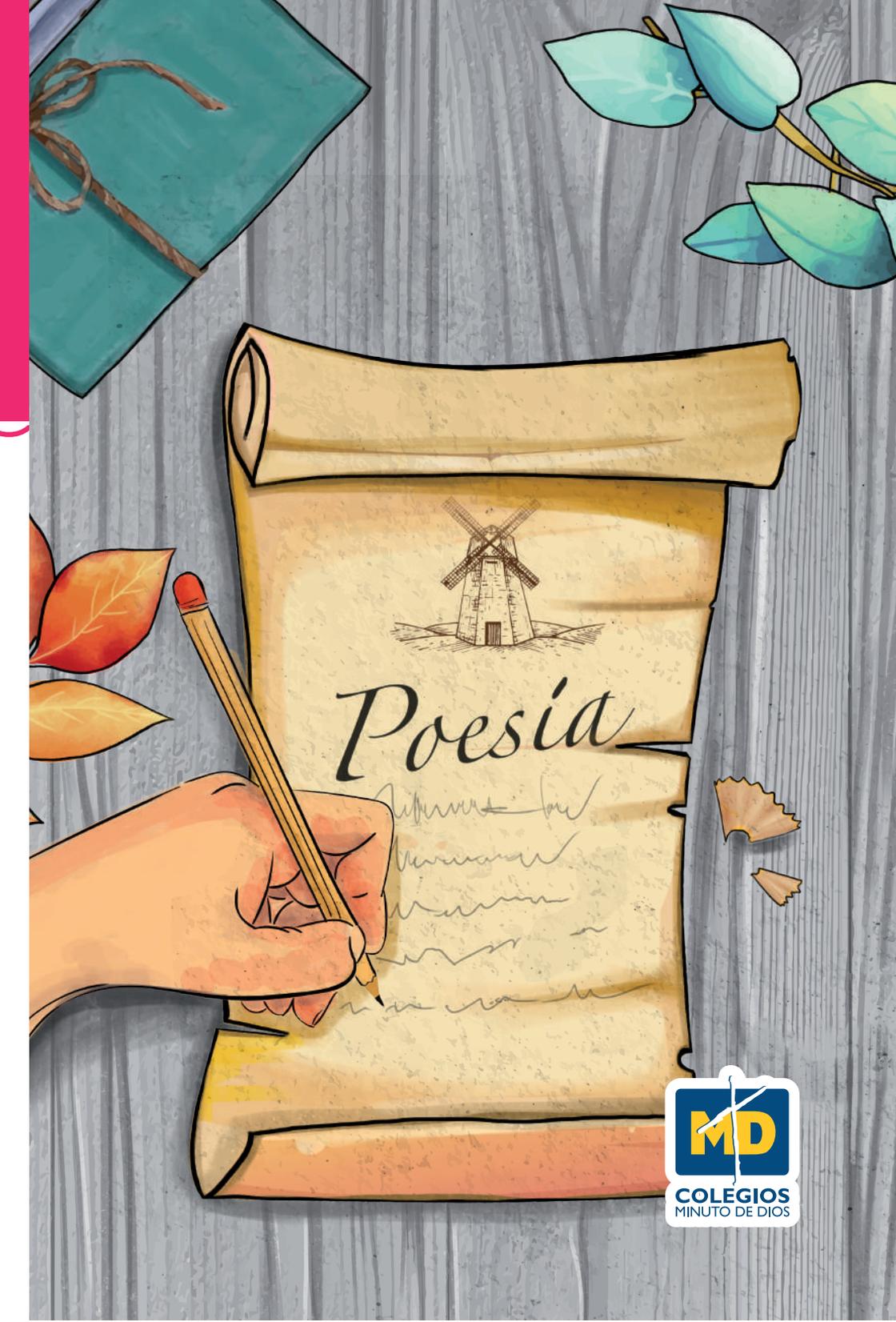
Por otro lado, el combate era constante, se unió el ejército humano con el ejército de médicos que luchaban contra los síntomas que dejaban las espadas de la Tripulación Corona. La esperanza llegó nuevamente sobre el planeta porque personas contagiadas se empezaron a recuperar y los números de contagios disminuyeron. Realmente todo parecía volver a la normalidad. Sin embargo, al darse cuenta de esto, el comandante Virus ordenó un nuevo ataque sobre la tierra, solo que esta vez no contó con que los humanos habían recibido el mensaje claro de activar el botón ubicado en sus casas, llamado “Autocuidado”, y esta vez el ataque no los iba a tomar por sorpresa.

Los científicos encontraron el antídoto para los síntomas, el cual fue preparado en el núcleo del planeta, evitando que los soldados Corona lo descubrieran. Rápidamente fue repartido en aviones gigantescos para que toda la población fuera “Vacunada”; eso sí, para establecer el orden de vacunación se creó un código secreto que era obtenido por medio de una app llamada “Mi vacuna”, la cual encriptaba los mensajes específicamente para cada individuo.

En estos momentos la lucha con la amenaza espacial en el planeta aún no termina, no obstante, los terrícolas

son más conscientes de las medidas necesarias que deben seguir para protegerse de los soldados Corona. Aún se guarda la esperanza de que algún día se pueda vencer definitivamente la operación Corona y, mientras esto sucede, las personas deben adaptarse a la nueva realidad.





Poesia

El principito



GRADO
1° 2° 3°



Amigos distanciados



Danna Valeria Rincón Rodríguez

(I.E. Técnico Rafael García Herreros)

Una pandemia
nos tiene encerrados
mis viejos amigos
están distanciados.

El colegio y los juegos
atrás han quedado
pues con este virus
muchos se han marchado.



Corre que corre



Jorge Andrés Pérez Vargas

(I.E. Técnico Rafael García Herreros)

Corre que corre al doctor
por un fuerte dolor,
se le fue la respiración
el gusto y el olor.
Corre que corre al doctor.

No sé qué sucedió
pero sepultura se le dio,
preguntas iban y venían
hasta que se supo que...
corre que corre al doctor
que la COVID se lo llevó.



Cuidémonos para volvernos a ver



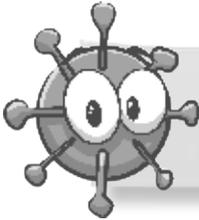
Darenn Campos Hidalgo

(Colegio El Minuto de Dios Ciudad Verde)

El coronavirus no nos dejará en paz en casa y a salvo nos debemos quedar, es el único y sólido refugio que nos protege de este mal para que en un futuro, no muy lejano, a nuestro colegio podamos regresar, para seguir aprendiendo mucho más y con mis compañeros jugar y jugar.



El virus saltarín



Laura Sofía Villanueva Camaño

(Liceo Mayor de Soledad)

Salta aquí, salta allá,
salta por todos lados.
Se esconde en la boca
se esconde en la nariz,
y salta y contagia
el virus saltarín.

Cuidémonos en casa
lavándonos las manos
para que no nos atrape
y el virus se espante.
Salta aquí, salta allá
el virus saltarín.

Usemos tapabocas,
jabón y gel antibacterial
para que el virus juguetón
no contagie a los demás.
Salta aquí, salta allá
el virus saltarín.



Platero y yo



GRADO
4º, 5º

La nueva vida



Miguel Ángel Tovar León
(Liceo Hacienda Casablanca)

Hace ya casi dos años que todo el mundo cambió, no estábamos preparados para lo que sucedió.

Mucha gente contagiada de una rara enfermedad que acabó con el trabajo de media humanidad.

Cosas buenas también trajo: la familia se unió más, el medio ambiente descansa y en casa está mi papá.

La vacuna trajo esperanzas para volvernos a encontrar y poder recuperarnos y en alegría disfrutar.



Oda a la COVID-19



Karen Sofía Perilla Forero
(Colegio El Minuto de Dios)

La COVID-19
es un virus peligroso,
es pequeño como un niño
y molesta como un mocososo.

Brinca como un conejo
y rápidamente contagia
a la persona que se expone
y las manos no se baña.

Una cantidad de elementos
debemos ahora utilizar
para que el virus permanezca lejos
y no se nos vaya a pegar.

De este virus aprendimos
nuevas herramientas usar,
desde el año pasado nos enseñan
todo de manera virtual.



¡Oh, pequeño virus!



Valeria Orozco Castillo

(Colegio Cristo Rey Minuto de Dios)

Mientras que los médicos pidieron precaución
este virus causaba cada vez más sensación.
Miles de contagios, hospitales llenos...
al final se llegó a una conclusión.

Es un virus incomparable,
su origen aún no se sabe.
Se convirtió en pandemia
y miles de vidas se lleva.

¡Oh pequeño virus!
que tanto daño has causado:
aprenderemos a sobrevivir
con los debidos cuidados.

Es difícil no poder salir de casa
porque este virus es una amenaza.
Por eso, nos debemos cuidar
para volvernos a encontrar.



La vida con la pandemia



David Santiago Ávila Díaz
(Liceo Mayor de Villavicencio)

Antes de la cuarentena
salíamos sin problemas,
ahora todo ha cambiado
por culpa de la pandemia.

Yo asistía al colegio
sin ningún miedo,
ahora recibo las clases virtuales
extrañando los recreos.

Después de un año
la pandemia no ha terminado,
a pesar de tanta restricción
nos hemos descuidado.

El riesgo no ha bajado
y el tercer pico ha aumentado,
debemos tener conciencia
porque el virus ha evolucionado.



Jenni Sawyer

GRADO
6.º 7.º



Rayo de luz



Mabel Sofia Niño Cárdenas

(Liceo Mayor de Soacha)

Aquel día el cielo estaba muy azul cual agua cristalina,
era tan azul que mi vida florecía.

Tiempo después naufragué en el mar,
todo se hacía oscuro y la soledad me invadía;
poco a poco perdía el amor de mi vida,
desatando lágrimas y tristeza en todo mi ser.

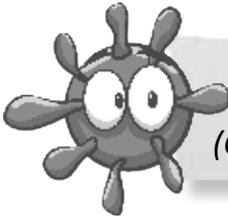
La sensación más dolorosa llegaría
con la implacable pandemia
y muy sola quedaría.

Hasta que un milagro ocurriría
venciendo todas las barreras que imponía;
de repente el cielo se torna gris
y un enorme rayo de luz resplandecía.

Era tan hermosa esta luz que se expandía
y el amor de mi vida ahora renacía.
Finalmente recupero mi vida
y los obstáculos vencería,
gracias a mi señor JESÚS
de quien yo nunca me apartaría.



Un virus llegó



Nahia Sofía Álvarez Jaramillo
(*Colegio Cristo Rey Minuto de Dios*)

Un virus llegó,
a todos encerró
y las fronteras también bloqueó.

Un virus llegó,
el mundo entero recorrió
y a los que viven corriendo visitó.

Un virus llegó,
nuestras calles cerró
y a nuestros padres en maestros convirtió.

Un virus llegó
e imponente nos enseñó
que el tiempo nunca nos perteneció.

Un virus llegó
y prepotente nos enseñó
que lo único que necesito en casa es amor.

Un virus llegó,
nos visitó y nos enseñó
que el mundo no necesita dolor,
sino un respiro de paz, salud y amor.



De la nada. . .



Rubiela Rincón Hernández

(I.E. Café Madrid)

De la nada salió un virus,
China lo expandió
afectando a todo el mundo
y muchas muertes ocasionó.

El virus nos tenía en un sueño
y al despertar vimos el daño:
tantas personas contagiadas
y muchas muertes en solo un año.

¡Qué lástima me da!
El virus acabando con las personas
de esta acongojada sociedad

y los médicos dándolo todo
por salvar a la humanidad.

Nadie creía lo que sucedía,
todos los estados se unían
para hallar la vacuna que nos salvaría
y que la tranquilidad nos devolvería.



Harry Potter



GRADO
8º, 9º

No quiero verte más



Yuli Valentina Ramírez Alarcón

(I.E. Café Madrid)

No te vi venir, ni te vi llegar,
no te busqué, pero igual te encontré;
estás repleto de maldad, ¡no te soporto más!

Viniste de lo extraño,
me has causado mucho daño;
me convertiste en ermitaño
desde hace ya más de un año.

Se han perdido muchas vidas
y poco comparto con mi familia.

No solo quieres acabar la sociedad,
quieres exterminar la humanidad.
¡Solo me quedan las normas de bioseguridad!

Me protejo a mí y a mi familia
porque eres un arma suicida;
tapabocas, antibacterial y alcohol
hay que usarlos con mucho amor
porque quiero salvar al planeta
para que te esfumes cual cometa.

Me has robado la felicidad,
ya no te puedo soportar.
¡Alto! Ya es momento de terminar:
Vete lejos, muy lejos, ¡no quiero verte más!



En los tiempos del COVID-19



María Fernanda Aguirre Giraldo

(I.E Mundo Feliz de Galapa)

La COVID llegó en el momento menos esperado,
nos sorprendió a todos y en confinamiento ahora
estamos.

Los científicos buscan afanosamente la cura,
los médicos doblan sus escudos para salvar las vidas.
Y mientras los enfermos con su fuerte voz proclaman
ayuda.

La tierra entró en un descanso sin regreso,
el encierro ayuda a mejorar nuestro entorno.
El virus se volvió incontrolable y travieso,
Nadie nos pertenece, ni a nadie le pertenecemos.
El virus recorre el mundo entero

convirtiéndose en el visitante de los más débiles
y también de aquellos que brillan como un lucero.
El virus no discrimina ni mucho menos rechaza.
No podemos salir, el mundo se detiene con
él día a día.

Los amigos de lo ajeno dejaron de hacer estragos.

Los más débiles quedaron desamparados.
El luto y el desespero cobraron su boleto.

El mundo necesita más dolientes.

La muerte sorprende día a día con burla y descaro.
El camino es largo, todos proclaman la ayuda divina
de Dios.

¿Por qué los seres humanos esperaron tanto?



Frankenstein



GRADO
10°, 11°



Corona time



Juan Esteban Mariño Velásquez

(Liceo Hacienda Casablanca)

Cuando pensaba que nada podía cambiar
llegó el 2020 y su pandemia mundial
pasé de salir diariamente para ir a jugar
a reunirme con los míos, pero por vídeo chat.

Cambié los escenarios por Twitch
cambié el arcoíris por el Rainbow six
cambié mi forma de pensar y de vivir
cambié sí, pero mi esencia sigue ahí.

Extraño los abrazos, las tomadas de mano
de por sí, todo el contacto humano
ahora un celular es quien maneja mis lazos
el arte ahora tiene más códigos que trazos.

Ya nada es igual, ni el concepto de amar
ahora la única memoria que vale es la RAM
ahora ya no es relevante a alguien recordar
porque Facebook es quien nos hace recordar.

No den por hecho que todo ya haya acabado
no cantemos victoria, aunque ya nos hayan vacunado
siempre debemos tener presente que
los errores del pasado son los dolores del presente.



La voz de la tierra



María Alejandra Díaz Garay

(Nueva Roma IED)

¿Sabes quién soy?

¿Sabes mi historia?

¿Sabes lo que pasa en mis noches y mis días?

Con mis botas llenas de barro,
mis mejillas coloradas
y mis manos desgastadas,
te cuento mi vida desde que llegó él;
como un depredador
viendo a su presa lentamente caer.

Soy la persona que trabaja arduamente,
la que labra, siembra y recoge las cosechas
hijas de la tierra.

Llegó un enemigo invisible con corona
que ni el Estado puede controlar.

Este enemigo nos ataca gravemente,
me arrebató la esperanza
de darle de comer a mi familia,
a tu familia y a la sociedad.

Pierdo mis cosechas, mis empleados y mi sustento.
Y me pregunto...

¿Tan insignificante soy, que se aprovechan de mi
fragilidad?

Grito a los cuatro vientos,
pero tan diminuto soy
que al parecer nadie escucha mi clamor.

Tengo puesta una máscara,
de esas que al verlas sientes mucho
miedo, soledad y preocupación
a causa del viajero que arrasa con las cosechas
que tanto esfuerzo me costaron.

Pero no importa,
porque por mi familia lucho hoy,
porque el campesino es “berraco” y fuerte de
corazón.

Lo decía mi papá y mi abuelo,
¡SI SEÑOR!



Todo llega y todo pasa



Bryan Santiago Cruz Montoya

(Liceo Mayor de Soacha)

El tiempo no se detiene ni tampoco vuelve atrás,
cada segundo que pasa, otra vez no volverá;
por eso, mi niño bueno, no te vas a preocupar,
que la vida que ahora tienes muy pronto mejorará.

Un virus fue descubierto y le permitieron avanzar,
invadiendo países, ciudades, pueblos, islas y mucho más.
Por su forma de corona, COVID-19 lo han de llamar.
Inició matando abuelos y luego a muchos más.

Todo llega y todo pasa, me decía mi papá,
cuando triste yo corría a sus brazos a llorar.

Ahora que soy tu abuelo, te lo puedo confirmar:
todo llega, todo pasa y la paz pronto vendrá.

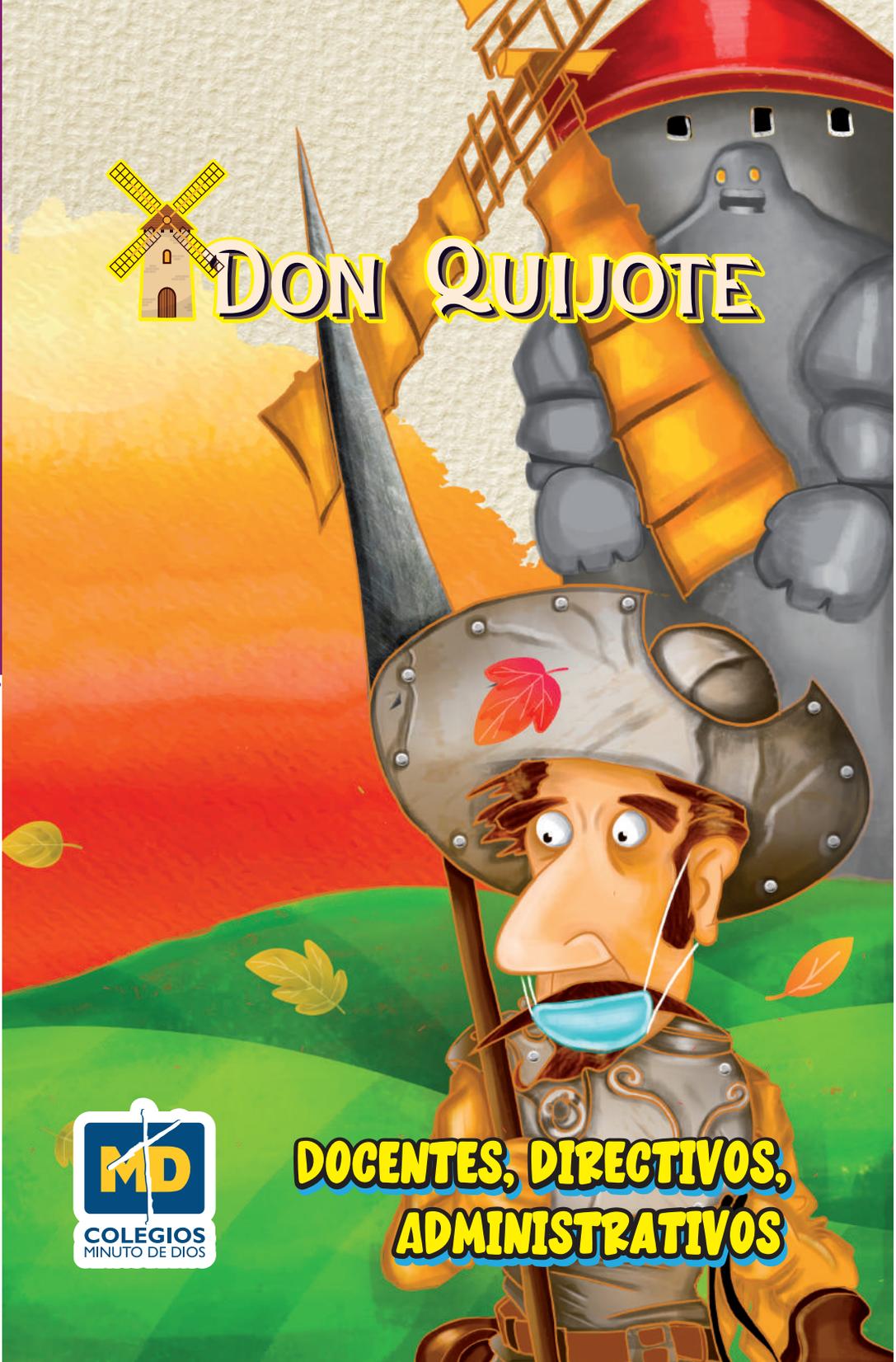
No creas, mi niño bueno, que esto perdurará:
volverás a correr libre y aire fresco a respirar,
verás a tus amigos y los podrás abrazar,
te sentarás a la mesa y con todos compartirás.

Lo más importante, mi niño, que pronto comprobarás,
las pandemias y las guerras no todo nos quitarán;
la inteligencia, la fe y la esperanza siempre perdurarán
en los hombres con valores, fe y humanidad.





DON QUIJOTE



**DOCENTES, DIRECTIVOS,
ADMINISTRATIVOS**

El despertar de una era



Luis Eduardo Arroyo González

(Colegio El Minuto de Dios)

El mundo estaba cansado, girando a un ritmo vivaz,
la gente se deleitaba entre el lujo y el afán.
El tiempo ya no alcanzaba, los sueños se postergaban,
los valores se opacaban por la envidia y vanidad.

Primaba entre las personas, viajar y andar en jaranas,
presumir lo que no tenían, lucir las más finas marcas.
Carecía ya de sentido, cuidar la flora y la fauna
el mundo estaba muriendo, la vida se marchitaba.

Como un rayo en las tinieblas,
como un grito en el silencio,

como gotas de rocío que se va llevando el viento;
llegaría de repente, sin pedir consentimiento,
un hecho que marcaría la historia de nuestros
tiempos.

Comenzó como una peste, propagada desde oriente,
que no distinguía estratos, ni la raza de la gente.
Poco a poco fue saliendo del lejano continente,
para inundar el planeta de manera omnipresente.

Fue necesario el daño para despertar conciencia,
para volver a los nuestros y apartar la indiferencia.
La tierra tomó un respiro, como tregua en plena
guerra, como un sol que resplandece en medio de la
tormenta.

A pesar del desconsuelo que sembrara esta desdicha,
se debe mirar al frente, de manera positiva.
Las familias se reunieron, ya no se anda tan deprisa,
y al salir del largo encierro, brillará de nuevo el día.



¿Y si solo nos pausamos un rato?



Olga Andrea Sánchez Jiménez

(Nueva Roma IED)

Y entre tanto y tanto
se nos va pasando la vida.
Los abrazos y los besos,
no los fueron cambiando.

Las risas, las fiestas y los encuentros,
los debimos pausar un rato.

Entre tanto y tanto nos reencontramos,
ya no con tantos;
pero así nos reinventamos para que,

los que amamos, sepan cuanto los valoramos
con un hermoso gesto o solo con un:
“Te extraño”.

Entre tanto y tanto, esta pausa nos está
enseñando...
cuánto vale la vida, cuánto vale un hermano,
una madre, un padre, un abuelo un vecino....

Entre tanto y tanto
este laberinto en el que dejamos llanto
nos debe acercar más al cambio...

Entre tanto y tanto... ¿a dónde estamos llegando?



Quietud de un mundo



Libardo Rodríguez Rojas

(Instituto Cooperativo Agroindustrial)

Vida, océano
de aguas tranquilas,
de momentos turbulentos,
navegamos siempre en incertidumbre;
vendrá el nuevo amanecer:
esperanza, tu corazón verá nacer.

Universo, mi ser confuso, único,
certero y similar de temer, de amar y de ansias,
me encontré cuando te encontré
y tú a mí en la distancia
dentro de la quietud de un mundo convulsionado.

Por ahora confinados en nuestras verdades,
presas del silencio, de ese que es incómodo,
bajo el mismo cielo
prensadas por las eternas cuatro murallas
y prófugas en miradas -algunas sin sentimientos-
esperan libertad en los cuatro vientos.

Por ahora como soles en la noche aguardando
nuevos horizontes, sacudir las alas,
avanzar con la pasión que da lo que ya no puede ser,
crecer con la nostalgia de la felicidad,
resistir por aquellas ausencias repentinas
y ser vencedores en cada último brillo de ocaso.



Penitente



Leyla Patricia Perilla Forero

(Nueva Roma IED)

Sigiloso en el aire camina,
muerte lánguida que afecta el cuerpo
pequeño travieso que la vida mezquina,
sábana tibia que cubre y solo deja el recuerdo.

Serías príncipe o rey en la vida,
mendigo o pordiosero dejas pena con la muerte.
Odiado por muchos que no te dan cabida,
Y quisieran arrancarte sin pensarlo de su mente.

Soldado que en la guerra muestras terror y coraje,
no quieres partir fácilmente.

Y sigues dañando sin tener en cuenta el linaje
ya que con calma te llevas la vida inocente.

De mi vida no haces, ni harás parte,
ni el calor de mi abrazo te deleite.
Cautivo de mi aliento quiero dejarte,
dulce muerte que el sueño limite.



Despojos de una pandemia



Johanna Patricia Gómez Baquero

(Corporación Educativa Minuto de Dios)

De repente abrí mis ojos y
la pandemia nos había quitado varias cosas,
en un suspiro y sin explicaciones nos
quitó el afán y la ansiedad,
las prioridades cambiaron y lo importante
se volvió un ramo de rosas;
tan bello de observar, pero tan frágil ante
el tiempo y a la realidad.

De repente respiré profundo y
los aromas habían cambiado,
el día sonaba distinto y sus notas
presentaban otra melodía,

ahora escuchaba lo que antes
solo había observado
y las voces me sonaban distinto
en medio del nuevo día.

Los rostros ahora tenían tonalidades graves o agudas,
y los sabores eran letras compartidas en un nuevo
lenguaje; saboreaba los sonidos, saboreaba
las palabras, palabras mudas.
Entre rostros y sonidos se tendía un nuevo bricolaje.

La pandemia nos quitó cosas que creíamos tener
y de ilusiones a realidades nos distrajo de
la vida misma;
nos quitó cercanías lejanas dilatadas al amanecer,
nos quitó el afán del día y las prioridades
disfrazadas en sofisma.

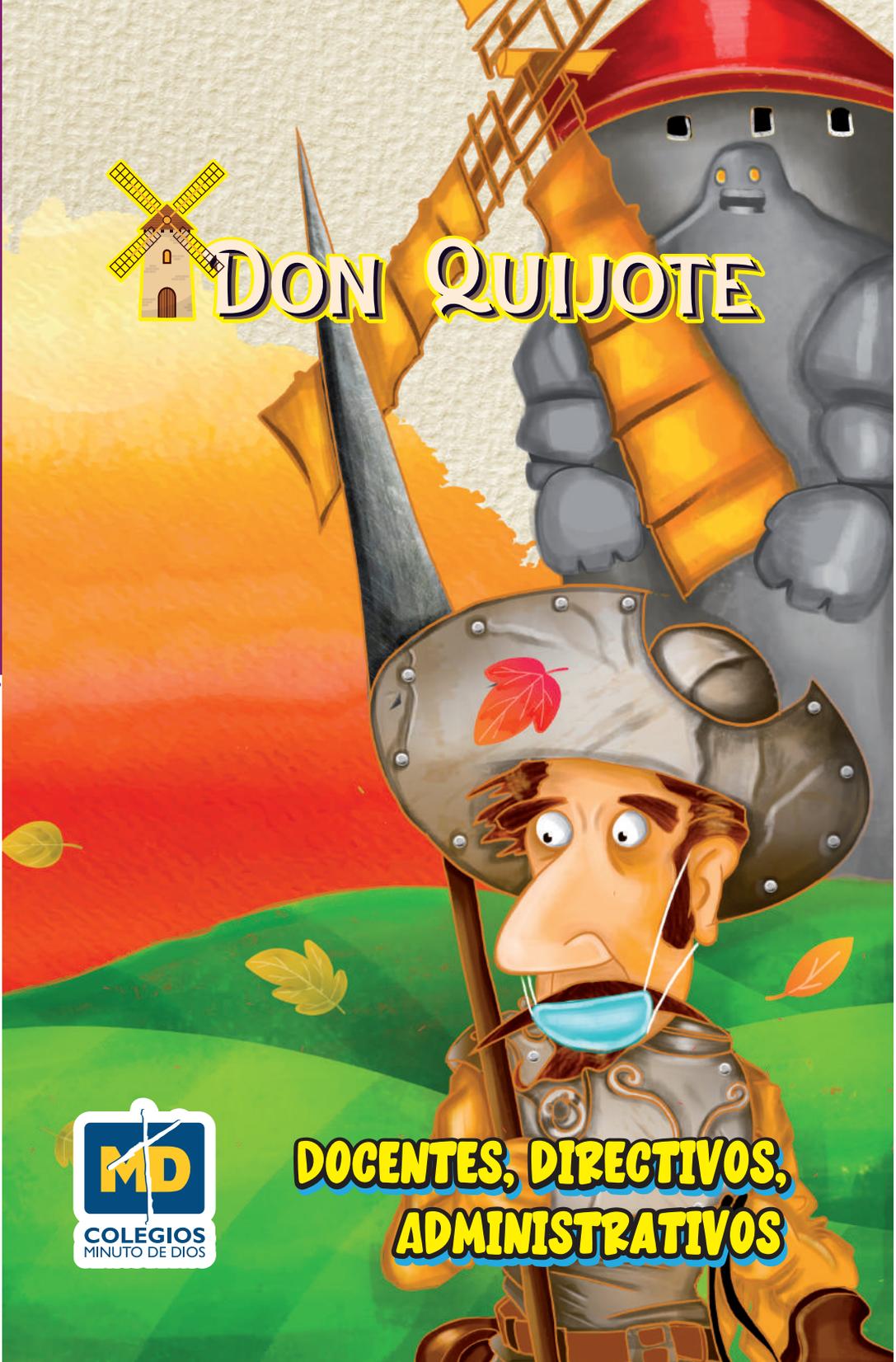
Tal vez nos quitó lo que no teníamos y nos regaló
nuevos tiempos, tal vez nos quitó y así mismo nos
dio. La verduga vestida color rosa se acercó tan dura
como coqueta, cercana y sin sentimientos;
la verduga color rosa nos dio un beso en la frente y
ha salido airoso.







DON QUIJOTE



**DOCENTES, DIRECTIVOS,
ADMINISTRATIVOS**

¿Derecho o privilegio?



Guillermo José Molina de la Hoz

F.E.I.E Barbacoas

Si algo ha de haber enseñado la pandemia es que, aunque todos nadan en el mismo mar, no todos van en el mismo barco; los niños, niñas, jóvenes y adolescentes son fiel muestra de ello.

Es la cruda realidad que atraviesa el mundo actual y no es algo que se viene presentando desde hace un año, fecha en que inició la pandemia mundial por COVID-19, sino mucho antes; solo que ahora es visible porque capta la atención de todos y todas, incluso de quienes creían no interesarse por nada, a quienes el privilegio les nubla la visión y el acercamiento a la verdad. Hablar de retos, vivencias, experiencias y aprendizajes de este mal que aqueja al mundo es abordar un terreno amplio, por lo cual, centrarse

en la educación, específicamente en la alternancia escolar, es mucho más sencillo, y es que ha sido un tema bastante controversial al que no se le ha dado la trascendencia que merece.

En la actualidad, una cantidad alarmante de niños, niñas, jóvenes y adolescentes no tienen la forma de acceder a la educación que, si bien antes no era de la mejor calidad, ahora se torna prácticamente imposible al sumarle los retos y las dificultades de la conexión; vulnerando así el derecho fundamental a la educación. Y no se trata solo de algunas regiones de Colombia que presentan este tipo de dificultad, pues hasta las ciudades más desarrolladas del país: Bogotá, Medellín y Cali, han sido gravemente golpeadas por la virtualización de los procesos de formación educativos; y es que esto no hace más que poner en evidencia las grandes brechas sociales y las desigualdades que afronta el país. Situación ante la que sus dirigentes se hacen los de la vista gorda. Se abren bares, discotecas, templos religiosos, centros comerciales que son categorizados como focos principales de contagio, debido a la alta aglomeración; se implementa un toque de queda nocturno como si el virus saliera con la luna a deambular por las calles, entre otras medidas absurdas. Y las aulas de clase cerradas con miles de estudiantes a expensas de que el gobierno

envíe los recursos que le sobran, si es que alcanzan, para abastecer de algunas herramientas digitales a los hogares colombianos.

La alternancia más que un capricho es una necesidad, sí, porque mientras algunos y algunas tienen todo tipo de beneficios (acceso a internet, energía eléctrica, computadores, teléfonos celulares inteligentes) hay una parte, bastante grande, que ni siquiera acceso a la energía eléctrica tiene. Algunas familias enfrentan dificultades para conectarse debido a problemas de acceso, la educación en línea no siempre es posible a través de plataformas o programas en canales de televisión o radio. ¿Es acaso la educación preeminencia?

¿Por qué no brindar todas las posibilidades para que reabran los colegios y centros educativos? ¿No es la educación prioridad para el gobierno nacional, regional, departamental y municipal de Colombia? Estas son algunas de las múltiples preguntas que cuestionan a la ciudadanía del país, pero ¿quién responde? Las Secretarías municipales y departamentales se refugian en el Ministerio de Educación, este a su vez en el Ministerio de Salud, quien está a expensas de los lineamientos de la Presidencia de la República, que no es mucho lo que hace, para ser honestos.

Esto lo único que evidencia es el desorden de poderes que hay en el país y que la pandemia ha servido para que la comunidad abra los ojos ante la situación que atraviesa Colombia; situación que no es nueva y, como siempre, nada es lo que se puede hacer. Ahora bien, tampoco es que con la reactivación de los procesos escolares presenciales el virus del COVID-19 se vaya, pero al menos se contribuye a que los virus de la negligencia, el analfabetismo y la intranquilidad disminuyan. Así reverdece la esperanza de un mejor país, con más y mejores oportunidades, uno en donde cada estudiante no se desanime ante la educación, sino que más bien, se motive a dar lo mejor de sí y a salir adelante en los distintos contextos sociales que tiene el país. Abrir las escuelas es necesario, no es un privilegio; la educación es un derecho, es salud.



Violencia en confinamiento: ¿conviviendo con el enemigo?



Belkys Zulay Acuña Jaimes

I.E Café Madrid

En la actualidad se evidencia a través de los medios de comunicación, redes sociales y estadísticas de instituciones como Medicina Legal y Fiscalía el aumento de casos de violencia de género, violencia intrafamiliar, abuso sexual y violación de los derechos de las mujeres, las niñas y adolescentes. Por ejemplo, la ONU Mujeres, en el artículo denominado “La Pandemia en la Sombra: Violencia contra las mujeres

durante el confinamiento”, publicado el 05 de noviembre del año anterior, manifiesta que antes de la pandemia 243 millones de mujeres y niñas (de 15 a 49 años) han sufrido violencia física o sexual por parte de la pareja el último año. Desde el inicio de la Pandemia esta violencia, específicamente, la violencia doméstica se ha acrecentado.

Del mismo modo, el Observatorio Colombiano de Mujeres demostró un aumento significativo de llamadas a la línea 155 donde se denunciaron casos de violencia intrafamiliar, reportando un incremento del 228% entre los meses de marzo a mayo del año 2020. Esto sin mencionar, las cifras de feminicidio y violencia sexual contra las mujeres, niñas y adolescentes reportadas durante el año anterior.

Por el contrario, dentro del marco de la COVID-19, las medidas tomadas por el gobierno para proteger nuestra salud, tales como, el confinamiento y el aislamiento social, han dejado en evidencia las disfuncionalidades en las relaciones intrafamiliares, ha exteriorizado los problemas de salud mental y ha mostrado graves hechos de intolerancia y agresividad entre las personas. A su vez, estas medidas han impactado en la economía de los hogares, reduciendo

ingresos que eran provenientes de actividades laborales informales (ventas ambulantes, pago por jornal, trabajos domésticos, entre otros) que exacerbaban los conflictos en las parejas al interior del hogar, como consecuencia del estrés que esto genera.

Las mujeres han sido las mayores víctimas de esta violencia al estar en el hogar con sus victimarios, quienes en la mayoría de los casos son sus cónyuges; en el caso de las niñas y adolescentes son familiares cercanos, tales como abuelos, tíos y/o padrastros. Es decir, durante el confinamiento las mujeres se han visto obligadas a convivir con el “enemigo”.

Sin duda alguna, el aislamiento agudizó aún más esta problemática, al estar las mujeres en sus viviendas compartiendo la cotidianidad con sus victimarios, sufriendo las consecuencias de la crisis económica (desempleo, entre otros) que se ha desatado; a su vez, la angustia y el pánico de contraer la COVID-19 y los duelos a los que se enfrentan por el fallecimiento de sus seres queridos a raíz del virus, han generado un incremento de los niveles de estrés, pánico y ansiedad. Esta situación que desestabiliza al ser humano, al desconocer y no prestar atención a estos síntomas de salud mental y no poseer las habilidades para gestionar sus emociones, desata conductas

de intolerancia, frustración y agresividad hacia sus familiares o en ocasiones hacia sí mismos.

El desafío al que nos enfrentamos los colombianos es colosal, en cuanto a la imperiosa necesidad de que el Estado y sus instituciones brinden con eficiencia y eficacia los servicios y protección de los derechos de las personas que sufren de violencia de género, violencia intrafamiliar y maltrato infantil. Sumado a esto, las políticas de prevención y el compromiso que debemos asumir los seres humanos que hacemos parte de la sociedad, en cambiarnos el “chip” y estar en sintonía para prevenir este tipo de violencias; con educación desde las instituciones y, en las familias, reformulando las pautas de crianza para los niños y niñas, que fomenten el fortalecimiento de su autoestima, gestión de emociones, técnicas de resolución de conflictos y con la capacidad de proporcionar hogares llenos de amor, de cuidado, de protección y de bienestar integral.

Lo anterior, sin dejar de lado la importancia que merece la salud mental de los individuos, su atención y acceso básico a este servicio que previene y controla algunos tipos de conducta que pueden desencadenar

en violencia. De igual modo, permanecer activos en el trabajo de promover la igualdad de género, las nuevas masculinidades y el desarrollo de normas sociales equitativas, que correspondan a factores protectores para la prevención de la violencia contra la mujer, niños, niñas y adolescentes.



El coronavirus no es tan despiadado



Humberto Chacón Acevedo

I.E. Café Madrid

Son las 8:30 de la noche del 15 de marzo de 2021. Medito, como regularmente lo hago, sobre las palabras dominicales del Padre Alejo, sacerdote piedecuestano, erudito y con más labia que Petro. Él dijo: “Hace un año exactamente, cerraron las iglesias...” bla, bla, bla. Nos contó la historia de todo lo que ha vivido y de cómo ahora lo escuchan en todo el mundo más de 20.000 personas (se respira un aire de vanidad). Recordé que “los profesores del Café Madrid” más o menos en esa misma fecha, salimos del colegio más asustados que jugadores de

fútbol cuando están esperando la decisión del VAR, en un partido empatado y a un minuto del final. Sí, así fue, de verdad se sentía el miedo, a pesar de que aparentábamos estar calmados e inclusive algunos hablábamos de medidas exageradas, todos sabíamos que en algún momento esto se iba a complicar.

Efectivamente, así fue, no sin antes darnos unos meses para que imagináramos de forma ilusa, que aquí no llegaría, que el clima y las medidas tomadas evitarían los contagios, pero solo era ilusión. La verdad es que llegó para quedarse. Este virus se amaña, se incrusta en cada lugar, como la cera en la oreja, como la tristeza en el alma cuando hay soledad.

Hoy, un año después, lleno de dolor pensaba: “¡Qué virus tan despiadado!”. Afligido, quise saber más de este minúsculo enemigo que llenó de plata al dueño de Zoom, fue capaz de separarnos, cerrar iglesias, colegios, discotecas y bares. Empecé leyendo en internet que los fallecidos en el mundo por coronavirus eran 2’660.582 y que se seguían contando sin parar. Entonces supuse que esta pandemia era lo peor que los de mi época hemos tenido que afrontar, ¡pero qué va!, no es así. Ahora les voy a contar por qué.

Según la OMS, las cardiopatías, el cáncer y la diabetes, fueron tres de las grandes causas de muerte en el mundo en el 2020. Hoy, en este artículo, solo me voy

a referir a una: “el cáncer”, y lo hago por este titular de prensa: **“10 millones de personas murieron de cáncer en el mundo durante el 2020”**. Claro, no es del Q´hubo, es de las noticias que genera la OMS. ¡Quedé impactado!, porque mientras en toda la pandemia han fallecido poco menos de 3`000.000, por el cáncer murieron tres veces más.

Es ahí donde empecé a pensar que **“El coronavirus no es tan despiadado, es más despiadado el cáncer”**.

Claramente esta enfermedad gana la batalla, lo único, es que la COVID-19 se hizo más famoso, porque idiotas como Trump, Bolsonaro y muchos más, lo utilizaron para su beneficio personal, generando controversia y de paso más poder y popularidad.

Pero **¿por qué el cáncer es más despiadado que el coronavirus?** Son tres las razones:

La primera es esta: mientras el coronavirus, no se mete con los niños, bueno, no de manera letal, con índices muy bajos de mortalidad, el cáncer si lo hace. De los 10`000.000, que comenté, entre 300.000 y 400.000 son niños menores de 15 años; inocentes, empezando a vivir, culpables de nada, muchas veces ni entienden qué les pasa, nunca fumaron, no dañaron bosques, tampoco contaminaron el agua, ni siquiera disfrutaron la comida chatarra.

La segunda, es el padecimiento. Mientras el coronavirus es rápido y si va a matar, lo hace en dos o tres semanas; raro es el caso en que se prolonga. En cambio, el cáncer es largo, empieza a consumir rápidamente; las quimioterapias y los procedimientos hasta ahora utilizados son devastadores porque deterioran la persona y, aunque hemos mejorado mucho con diagnósticos tempranos, lamentablemente, muchos se van. Otros deben ver cómo su cuerpo comienza a desfigurarse, muchos de ellos terminan pesando menos de la mitad y, en uno o dos años, puede cambiar rostros sonrientes y llenos de vida por caras escurridizas y agonizantes.

La tercera es la letalidad: mientras que la del coronavirus es apenas de 3% o menos de los casos diagnosticados, la del cáncer es muy superior. Por ejemplo, en Estados Unidos se diagnosticaron 1'806.000 casos en 2020, y se calcula que, de estos un poco más de 600.000 van a fallecer; es decir, el 30%. Esto es en un país desarrollado, con médicos especializados y tecnología de punta. Ahora, ¿cómo será en África, Somalia, Colombia u otros países del tercer mundo? ¿Comprenden ahora mis razones para pensar que “El coronavirus no es tan despiadado”? Estoy seguro de que sí.

Concluyo dejando claro que este artículo no pretende minimizar la crisis actual, solo concientizar sobre la realidad que vive el mundo con otras enfermedades. Hoy desafortunadamente solo se habla de “Coronavirus”, de nada más. No miento si digo que pasan días y hasta semanas, en donde los noticieros no presentan una sola nota que hable de cáncer y mucho menos de los progresos para curarlo.



La ceguera del COVID-19



Eris Viviana Tolosa Osorio

Nueva Roma IED

La invención de los derechos humanos surgió en un momento histórico donde era necesaria la promulgación de leyes universales para la igualdad; así se configuraron a partir de una transformación de sensibilidades y emociones producidas en occidente en el siglo XX, que suscitaron la enunciación de la autonomía individual y de la empatía hacia los otros, cualquiera que fuera su condición.

El debate actual de los derechos humanos provoca fuertes discusiones sobre cómo la sociedad de hoy en día está cegada ante la vulneración de la dignidad humana. El artículo que presento a continuación expresa desde diferentes argumentos la ceguera social que han provocado las medidas tomadas en la pandemia de COVID-19, que han dejado en evidencia la desigualdad social con las respuestas de control, estigmatización y tratamiento de la salud pública ante la propagación del virus, olvidando los principios fundamentales de los derechos humanos.

Los derechos humanos son un discurso que ha tomado diferentes tintes a través de la historia, se hace fuerte en medio del conflicto y esencial cuando la humanidad ha requerido dignificarse ante actos atroces como el genocidio, el racismo, la violencia de género, el desplazamiento, entre otros. Es allí donde el reconocimiento de la dignidad, derivado de la búsqueda de la igualdad, la equidad social y la reclamación por las diferencias que actualmente son base de las luchas de los movimientos sociales, aparecen como prácticas y teorías que cuestionan el orden establecido.

En el siglo XXI la globalización surge y con ella el aumento de las desigualdades. La redistribución de la riqueza es cada vez más inequitativa, los poderes

políticos hegemónicos atacan la soberanía de los estados y expanden el individualismo y el consumismo, además de reducir el sistema social y cultural a las lógicas de la economía capitalista. Esto hace que las prácticas humanas también sean deslegitimadas, condenando cualquier tipo de reivindicación o defensa de los derechos humanos, pues se sataniza la protesta social, se desconoce el asesinato de los líderes sociales, se continúa con la estigmatización de los movimientos feministas, ambientalistas o LGBTI, avanza la indiferencia hacia la minga indígena, las problemáticas afrodescendientes y la invisibilización de las comunidades campesinas, entre otros casos.

En el año 2020 la COVID-19 empieza a resonar como una pandemia a nivel mundial que se propaga con rapidez. Al tiempo que la enfermedad se extiende por cada territorio del planeta, también lo hace la ceguera social; medidas restrictivas, estigmatizantes y punitivas pueden conducir a abusos significativos de los derechos humanos con efectos desproporcionados en las comunidades ya vulnerables. Con frecuencia el control público sobre la enfermedad presiona a las personas con algún tipo de síntoma a esconderse o al rechazo social, sin identificar las problemáticas que se tienen que enfrentar al intentar sobrevivir y proteger la salud propia y la de su familia.

El enfoque arbitrario tomado en medio de la pandemia se ha centrado en las restricciones obligatorias, en el presupuesto para la toma de pruebas, en los intereses económicos y en las relaciones internacionales. Se olvida por tanto la dignidad humana que se necesita para eliminar las barreras que obstaculizan los derechos humanos, pues cuando se prioriza la atención a las personas más vulnerables, se amplía la red humana para servir desde diferentes conocimientos, saberes y experiencias. Esto permite a las personas actuar por el bien común y no el individual como ha venido ocurriendo, generando estrategias de participación comunal desde los barrios hasta los departamentos.

La ceguera social se ha propagado a tal magnitud que es inquietante la protección individual de la salud, la difusión de información incorrecta, las preocupaciones sobre el desempleo o pérdida de salarios, los pocos recursos económicos para pagar las pruebas y los diagnósticos, las responsabilidades continuas del personal de la salud y el miedo al estigma y la discriminación si los resultados son positivos.

Sumado a lo anterior, se hacen visibles los problemas estructurales del sistema de salud que dejan en evidencia la falta de inversión y la corrupción que allí ha estado circulando por años; se observa a diario los centros médicos saturados, los hospitales sin

presupuesto y el servicio de atención médica brindado de acuerdo con la capacidad adquisitiva del paciente. Hay ineficiencia en los servicios de salud desde el administrador de la salud que no hace efectivo sus funciones al no brindar a su equipo de médicos las condiciones humanas y seguras para desarrollar bien su trabajo; mientras esto sucede, los médicos sufren la discriminación por la exposición que tienen con el virus y quedan ciegos por no lograr formar en equipo acciones humanas con los pacientes que atienden a diario. Pacientes que a su vez asumen la ceguera social pues en los diferentes roles que tenían en su vida diaria no lograron identificar el problema de rechazo o indiferencia ante las situaciones del otro y sí fueron receptores y transmisores no solo del COVID-19, sino además de la deshumanización.

Los derechos humanos son una herramienta para eliminar la pandemia social. Por eso, es urgente la construcción de comunidades de apoyo que brinden ayuda a aquellos que se enferman, así como la disposición de poner al servicio de los demás los conocimientos o habilidades para enfrentar el virus y las problemáticas que se agudizaron en medio

de la propagación. Es importante reconocer que las restricciones o los castigos no permiten enfrentar la problemática, al contrario, aumentan las barreras para que las personas o comunidades más pobres y vulnerables puedan enfrentar la pandemia; por ello, es necesario ponerse en los zapatos del otro y rescatar valores como la solidaridad, la tolerancia, el respeto y la equidad para lograr dar dignidad a todos los seres humanos en medio de la situación que actualmente enfrentamos.



Sobre el aprendizaje después de la pandemia



Julliete García Ortiz

Instituto Cooperativo Agroindustrial

Pensando en lo que pasa en Colombia desde que comenzó la pandemia -que se asemeja mucho a las cosas que pasan en el mundo- consideré bueno escribir sobre un tema que ha ocupado muchísimos volúmenes en la historia de la educación, la política, las ciencias sociales y en general en todas las ciencias, pues la educación es la madre de todas. Y por estos días de coronavirus está muy de moda, ¿cuándo estará la educación preparada para asumir las vicisitudes y retos que trae cada época en la sociedad? Pero, y si cambiáramos la pregunta: ¿cuándo estará la sociedad preparada para asumir el esfuerzo que se necesita para superar los retos que trae consigo el aprendizaje?

Considero que este es el mayor reto de la educación: lograr que una sociedad comprenda que educarse, adquirir conocimiento o conseguir un aprendizaje es una tarea que requiere esfuerzo, energía, trabajo duro, dedicación y sacrificar nuestra zona de confort.

Hace un par de meses escuché en Instagram a la periodista Claudia Palacios leer su columna de El tiempo, titulada *Rafael el inventor*, en ella escribía con tono trágico acerca de Rafa, un niño de 10 años que debía abandonar la escuela por las condiciones a las que se vio sometida su enseñanza con la llegada del COVID-19. Claudia comienza su columna contando cómo este estudiante -que quiere ser inventor- vive en una zona rural de Colombia donde la conectividad a internet es muy baja, por lo que Rafa ahora estudia por medio de guías, situación que está aniquilando su creatividad.

La periodista insinúa que el colegio no ha logrado motivar a Rafa, que el Gobierno tiene a gran parte del país sin cobertura de internet y los padres no tienen cómo seguir pagando el wifi, razones por las cuales Rafa va a dejar el colegio. Antes de concluir su escrito se lee “Rafa tiene suerte, su madre y su abuela paterna han sido docentes por muchos años, no le faltarán maestros, aunque su madre tendrá que triplicar sus jornadas para ejercer ese rol de cuidado por el que no

recibe remuneración” (Palacios, 2020). No sabía que en un planeta con la sobrepoblación que posee, se pagara por tener hijos y ocuparse de ellos.

A pocas semanas de comenzar la educación virtual en Colombia a causa de la pandemia, comenzó también, el número de publicaciones de políticos, ministros, intelectuales, periodistas y teóricos de la educación con reflexiones similares a las de la columna en cuestión; personajes que nunca han estado dentro de un aula, poniendo en práctica sus teorías y meditaciones. Todas acompañadas con un tono trágico de queja, reclamo, juicio, crítica y señalamiento a la educación y su trabajo de enseñar, las cuales han ido creciendo día tras día, tanto como la deserción escolar y las muertes por el coronavirus.

Si volteamos la mirada a los progenitores y tutores de los estudiantes, la cosa es todavía más terrible: las instituciones escolares, los docentes y directivos son unos monstruos. ¡No estaban preparados para situaciones -tan comunes- como la pandemia! ¡No consiguen que nuestros hijos disfruten el aprendizaje virtual tanto como los videojuegos! ¡No bajan los costos de pensiones y matrículas! ¡No comprenden que el estudiante solo posee internet para WhatsApp! ¡Estamos obligados a ocuparnos de nuestros hijos! Y todos gritan al unísono: ¿para cuándo la alternancia?

Pero ¿qué es educarse?, ¿quién educa y dónde se educa?

Cabe entonces preguntarse: ¿en qué condiciones escribió Miguel de Cervantes *El quijote de la mancha*, Nietzsche *Así habló Zaratustra* y Galileo *Diálogos sobre los dos principales sistemas del mundo*? ¿Cuáles fueron las circunstancias en las que Miguel Ángel pintó el techo de la capilla Sixtina, Albert Einstein creó la teoría de la relatividad y Mahatma Gandhi puso en práctica la teoría de la no violencia que liberó a la India del colonialismo inglés? ¿Qué sucesos llevaron a Martín Lutero a crear la reforma protestante, a Francisco de Asís a transformar su vida y a los campesinos rusos a derrocar el zarismo? ¿En qué situación Coco Chanel liberó a la mujer del corsé y cambió el mundo de la moda, Elizabeth I el destino de Inglaterra, Freddie Mercury la visión de la música y el estudiante Samuel Villarraga escribió su crónica *Mi familia en pandemia*?, por nombrar solo algunos.

Finalmente, solo me queda por decir que, los hijos son responsabilidad de quien los trae al mundo. Educamos todos y en todo momento. Es necesario dejar de alimentar el imaginario de una educación sin esfuerzo y coraje. La época más propicia para crear y

aprender es la que hace patente la existencia humana, o sea, la que nos obliga a salirnos de nuestro círculo de confort. El presente corre su persiana para que veamos el futuro: un mundo virtual.





Imaginación, creatividad, sentimiento y argumentación, hacen parte de un sin número de historias, poesías y artículos que reflejan vivencias personales de estudiantes, docentes, directivos, y administrativos de los Colegios Minuto de Dios, quienes en su rol de escritores tienen la oportunidad de expresar los aprendizajes obtenidos a causa de la Covid 19.

